



EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO DE MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

MODO DE PUBLICACION Y OFICINAS DEL PERIÓDICO

Se publica EL SIGLO MÉDICO todos los domingos, formando cada año un tomo de más de 850 páginas y doble número de columnas con la portada de correspondientes. El precio de la suscripción es 12 reales el trimestre en Madrid, 15 en las provincias, 30 al año en el extranjero y Ultramar y 100 en Filipinas. Puede la suscripción hacerse en la REDACCION, calle de la Concepcion Gerónima, núm. 14, principal; en casa de los comisionados de las provincias, y preferentemente por medio de libranza.

RESUMEN.

SECCION DE MADRID.—Apuntes para la formacion de un diccionario tecnológico.—SECCION PROFESIONAL.—De cómo se respetan los derechos ilegislables de los médicos.—PRENSA MEDICA EXTRANJERA.—Experimentos sobre la accion del sulfato de magnesia en el intestino; por el Dr. ARMANDO MOREAU.—Síntomas de la embolia pulmonal.—PARTE OFICIAL.—Ministerio de Fomento.—REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID.—Discurso sobre el criterio clínico, por el Sr. GARCIA CABALLERO.—MONTE-PIO FACULTATIVO.—Secretaria general.—VARIEDADES.—Cartas prusianas.—Parte correspondiente al mes de Diciembre último, elevado por los profesores de la seccion de Medicina.—CRONICA.—VACANTES.—FOLLETIN.

MADRID 12 DE FEBRERO DE 1871.

APUNTES PARA LA FORMACION de un diccionario tecnológico.—(1)

II.

Hemos prometido presentar algunos ejemplos de definiciones importantes que debieran comprenderse en un diccionario tecnológico de medicina; y al tratar de cumplir nuestra promesa, la primera y más grave dificultad que se nos presenta, consiste en la eleccion. Son muchas las voces, sino precisamente técnicas, usadas en medicina con un sentido determinado, y que conviene por lo tanto comprender y definir en una obra de esta índole. Para hacer un cálculo aproximado, hemos procedido á elegir rápidamente las que parecen desde luego merecedoras de incluirse en dicho número, habiendo llegado á contar más de doscientas ochenta: solo en la letra A figuran cincuenta y dos, y para no citar más que algunas, nombraremos: accion, activo, adinamia, afeccion, afinidad, alma, alucinacion, análisis, animalidad, animismo, apatia, astenia, ataxia, atonía, atraccion, atributo, autocracia, autonomia, etc. Ya se comprenderá que no vamos, ni con mucho, á disertar largamente sobre cada uno de estos diversos puntos. Semejantes estudios pertenecen á la elaboracion intelectual que debe producir como su último resumen ó quinta esencia el

diccionario tecnológico. Solamente nos compete, y no haremos poco si lo conseguimos, señalar algunos hitos para llegar al fin deseado en unas cuantas de las citadas cuestiones, y si puede ser, en las principales bajo el punto de vista médico.

Nos fijaremos, pues, en las palabras alma, vida, enfermedad, entre aquellas cuya exacta y verídica definicion más interesa á la medicina; y para obtener un punto de partida, consignaremos ante todo la manera con que han discurrido sobre estos puntos algunas eminentes autoridades.

Aristóteles fué el filósofo más sutil, al mismo tiempo que el más positivo, de la Grecia. Modelo de lógica, cúpole la gloria de ser el primero que redujo á doctrina esta ciencia importantísima; pero oportunamente precavido contra las exageraciones de Platon, resistió con éxito las tentaciones de convertirla en absoluta realidad, y supo contenerla en los límites de un formalismo, exagerado, aunque prudente: oigamos pues lo que dice acerca del alma.

Para Aristóteles, el alma es el *acto puro de la inteligencia pura*, el espíritu desprendido de toda condicion sensible, y aun de todo objeto distinto de sí mismo, *el pensamiento del pensamiento*, sin composicion ni cambio de suerte alguna? Que refutacion, dice Renouvier en su historia de la filosofía antigua, no seria inferior á la simple exposicion de esta prodigiosa quimera? ¡un espejo sin materia ni forma que se refleja á sí propio! «Y sin embargo, añade: la oposicion de esta conciencia que conocemos no es, sino la fórmula ontológica de la que pretenden establecer algunos entre la razon y el entendimiento.»

Hay, sin embargo, en Aristóteles otras definiciones del alma, que no se hallan en perfecta concordancia con la que antecede, y es, que este filósofo, distinguiendo siempre la potencia del acto en medio de su union necesaria y dando la preeminencia el segundo, considera el alma bajo dos puntos de vista: con el cuerpo é inseparable del mismo, y por lo tanto como *acto del cuerpo*, y como *acto puro*. La

(1) Véase el núm. 893.

definición que hemos citado se refiere al acto puro, al alma eterna: veamos ahora lo que asienta el filósofo respecto del *alma viviente*.

«El alma, dice, no es una esencia movable por sí, causa y origen de todo movimiento, porque lo que se mueve ha debido ser movido, ocupa un lugar y es en potencia infinitamente divisible. El alma no es ni cuerpo, ni compuesta de cuerpos; ni es el sér incorpóreo, que según las fábulas de los pitagóricos entraria en cualquier cuerpo como el arte de construir en una flauta. Si el alma manda al cuerpo, no es de la misma manera que el amo manda al esclavo; si le emplea como instrumento, no es porque sea independiente de él: pertenece al cuerpo, es de él, en él, y nunca sin él; no es una esencia, ni un sugeto que exista en sí, es *la forma misma y la suprema actualidad del cuerpo* (1).

«La forma y la materia, el acto y la potencia, sirven de fundamento á todos los fenómenos. Las esencias que resultan de estos dos principios son los cuerpos naturales, de los que provienen todos los demás. Pero entre estos cuerpos hay algunos que carecen de vida, y otros que viven, es decir, se nutren, aumentan ó disminuyen por sí mismos. Todo cuerpo dotado de vida es una esencia compuesta, que es más bien sugeto del alma que el alma misma. Podemos pues decir: el alma es una esencia, *forma de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia*. Esta esencia es un acto, un cumplimiento-

(1) Aristóteles *De ánima* 1, 2, 3 y 4; y II. 2.

FOLLETIN.

ESTUDIO BIOGRÁFICO Y BIBLIOGRÁFICO

ACERCA

DE DON ANDRÉS Y PIQUER,

ESCRITO

POR EL DOCTOR PESET,

premiado por la Academia de Medicina de Madrid.— (2)
12.*

Las obras de Hipócrates más selectas, con el texto griego y latino puesto en castellano, é ilustrado con las observaciones prácticas de los antiguos y modernos, para la juventud española, que se dedica á la medicina, por el doctor Andrés Piquer, catedrático de anatomía de la Universidad de Valencia, médico de Cámara de S. M., y protomédico de Castilla, etc. — Madrid, año 1757, 1761 y 1770.

Tres tomos en 4.º, que publicó en el intervalo de trece años, forman la preciosa colección de obras hipocráticas, que seguramente hubiera continuado nuestro Autor, á lo menos de las que creía genuinas y útiles para el ejercicio profesional, si no se opusieran su quebrantada salud, penitencias ocupaciones y temprana muerte. Se hizo una

(2) Véase el número 893.

to, una *entelequia*, la entelequia de uno de esos cuerpos de que hablamos. Mas puede entenderse la entelequia de dos modos: como *saber*, por ejemplo, ó como *especular* actualmente. Cuando el alma está en el cuerpo, hállese también en él el sueño y la vigilia: el sueño corresponde á la ciencia y la vigilia á la especulación. El alma es aquí análoga á la ciencia, la cual no es necesariamente un acto en todos los instantes; por manera que la debe finalmente definir: la *entelequia primera de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia*.»

En medio de la oscuridad que para algunos de nuestros lectores podrá ofrecer la doctrina citada de Aristóteles, se destaca bastante bien el pensamiento de que el alma es una actividad, una fuerza determinante, inseparable de la determinabilidad pasiva de la materia. Semejante relación parece bien establecida, y sin embargo, hay todavía un caso en el cual se prescinde de ella, y es cuando por el resto de debilidad, que no pudo vencer toda la energía de este sábio griego, se decide, á *realizar* lo absoluto, no como Platon en el dominio de las ideas sino en una naturaleza, digámoslo así, sobrenatural. Discurre entonces diciendo: «La diferencia universal de la potencia y el acto debe marcarse en el alma: hay en ella un principio que viene á ser todo, y ha otro que todo lo hace, semejante á la luz por la cual pasan los colores de la potencia á la acción. Esta inteligencia, activa y pura de toda mezcla, es

segunda edición de estos tres tomos en los años 1768, 1774 y 1781, por el mismo impresor D. Joaquín Ibarra, aun he visto la edición tercera del tomo I, por la Viuda de dicho Ibarra en el año 1788; pero no de los otros dos tomos, ni he leído en nuestros biógrafos médicos que terminase la referida edición tercera. Son enteramente iguales hasta en los tipos, correspondiendo con exactitud las páginas, de modo que es indiferente valerse para las citas de una ú otra edición; pero yo me serviré de la segunda que es la más completa por algunas ligeras variantes, que se notan en el tomo I. En efecto, como debieron respetarse los otros dos, que se reimprimieron después de la muerte del autor, no sucedió lo mismo con aquel, que publicó en vida, ofreciéndole ocasión para introducir en él ciertas innovaciones, que voy á reseñar brevemente.

En la segunda edición del tomo I, suprimió el autor el texto griego de los pronósticos de Hipócrates, dejando únicamente el latino y el castellano; añadió varias líneas á los comentarios, para manifestar algún adelanto u observación práctica, de cuyas adiciones he contado hasta el número de trece, desde la página 48 á la 252, y corrigió el texto LXV en la forma que se expresa (pág. 201), para hacerla más conforme con el sentido genuino que el de la primera edición. De todo ello resultan algunas diferencias en el tomo I de la edición primera respecto á las sucesivas, no correspondiendo exactamente las citas á sus páginas, por variar los tipos y ser más compacta su impresión, aunque solo ofrece una página menos, ó sea 279.

uno de esos pasibles por su esencia, que es el acto mismo.»

En suma, se puede concluir, que hay en las ideas de Aristóteles respecto del alma, cierta contradicción, muy propia sin duda de la situación de su entendimiento, que no se había elevado aun á la concepción más perfecta de sí propio, que ha debido ser el resultado de las elaboraciones intelectuales de los tiempos sucesivos; y debida tal vez en gran parte al carácter más ó menos exotérico ó esotérico de algunos de sus escritos, en los cuales se cree con fundamento que no siempre se halla explícito todo el pensamiento del maestro. El principal defecto de éste consistió en no saber limitarse con bastante conocimiento de causa, y aspirar de hecho á la ciencia universal, en vez de contentarse con la filosofía; por eso no le satisfizo su definición del alma viviente, única definición posible del alma; y al tratar de definir lo indefinible, se contradijo en las palabras, como se contradecía en el pensamiento.

Pasemos de un salto á época muy cercana á la nuestra, y pidamos la definición del alma al más ilustre de los ontologistas modernos, á Hegel, tomando el resumen de sus ideas de su laureado historiador Wilm. «El alma, dice, en general, no solo es inmaterial por sí, sino que constituye la inmaterialidad general de la naturaleza, su vida simple é ideal. Es la sustancia, la base de todas las determinaciones del espíritu. Pero, considerada de este modo, no es todavía más que el sueño del espíritu, el pasivo de Aristóteles, la posibilidad universal.

En fin, el autor habría introducido de seguro iguales modificaciones en los tomos siguientes, si se hubieran reimprimado durante su vida, según hizo por lo general en todas sus demás obras, y era de esperar de su carácter franco y candoroso, como de sus deseos de inquirir y publicar la verdad.

Piquér, buen conocedor del mérito y provecho práctico de los escritos de Hipócrates, en los que tan versado estaba, emprendió esta tarea considerando cuán poco se dedicaba la juventud en las escuelas al estudio de sus obras, y la mucha falta que hace su buena inteligencia entre la mayoría de los profesores. Nuestros antepasados enriquecieron extraordinariamente sus conocimientos por el estudio de Hipócrates y demás médicos griegos, y los comentarios filosóficos de nuestros paisanos; rayando tan alto el entusiasmo, que establecieron cátedras en las universidades para explicar exclusivamente sus apreciables obras. La medicina hipocrática fué la predilecta en toda España; así es que desde la época del renacimiento se generalizó de tal modo su cultivo, que puede asegurarse sin exageración, que ningún otro país nos iguala en tantos y tan filosóficos comentarios del Padre de la Medicina. Sin embargo, este interesante estudio decayó notablemente en la época del autor, pues condoliéndose el historiador González Sámano (obr. cit., pág. 352), de lo poco que se dedicaron los médicos españoles del siglo XVIII, á comentar las obras de Hipócrates en el riguroso sentido de esta palabra, dice: «Los únicos que se conocieron fueron escri-

»La cuestión de la inmaterialidad del alma solo ofrece interés cuando se considera la materia y el espíritu como cosas opuestas é independientes. Pero aun para los físicos se ha atenuado la materia: han llegado á admitir imponderables. Sin embargo, estos imponderables tienen todavía una existencia sensible; al paso que el principio vital carece, no solamente de todo peso, sino de toda existencia, por la cual pudiera ser clasificado con las cosas materiales. Siendo el espíritu la verdad existente de la materia, la materia por sí misma carece de verdad.

»Otra cuestión relacionada con esta es la del *comercio del alma con el cuerpo*. Lo que se suele responder á esta pregunta se reduce á que semejante comunicación es un misterio impenetrable. Sin embargo, Descartes, Malebranche, Spinoza y Leibnitz han hecho siempre intervenir á Dios, para explicar este misterio, en el sentido de que el alma y la materia finitas no son sino determinaciones ideales, relativas, sin realidad propia: de manera que en dicha cuestión no se invoca á Dios por dichos ilustres pensadores como un *deus ex machina*, sino como la identidad del alma y del cuerpo.

»El alma es primero alma *natural*; luego alma *individual* y sensible, y por último alma *real*.

»El alma *natural*, alma general, alma del mundo, no debe fijarse en cierto modo como sugeto; considerada de esta suerte, solo es la sustancia universal, que no se realiza verdaderamente sino como individualidad. Como tal, tiene cualidades naturales y

tos por Marcelino Boix y Molinér, natural de las Cuevas, en el reino de Valencia, y por el talento privilegiado de D. Andrés Piquér, tan conocido como literato, como catedrático y como práctico.» Tiene razón este historiador de la Medicina en sus apreciaciones sobre Piquér; pero no respecto á Boix, que solo comentó alguno que otro aforismo de Hipócrates: mucho más dejando en el olvido á varios españoles, como Virrey y Mauge, Gaspar Casál, Marco y Santa Romana, Solano de Luque, Serrano Manzano y otros, que se ocuparon del mismo objeto.

Compuesta la colección hipocrática de Piquér de tres tomos, el primero de ellos comprende el libro de los Pronósticos, único que mereció ser traducido al francés en 1822, por J. B. P. Laborie, añadiéndole una biografía del autor, aunque no alcanzo el motivo de esta preferencia. El título de la traducción es el siguiente: «*Les pronostics d' Hipocrate, commentés par A. Piquér d' apres les observations praticiens tant anciens que modernes, ouvrage traduit de l' espagnol, et augmenté d' une notic. biographique.* París 1822, in 8.º» En los otros dos tomos se incluyen los libros 1.º y 3.º de las epidemias de Hipócrates y varios fragmentos del 2.º, de cuya autenticidad dudan los críticos; pero le conceden un valor no despreciable. Los expone con el texto hipocrático en griego, que traduce al latín y despues al castellano; valiéndose para el libro de los Pronósticos de la edición de Foesio, que tuvo por la más correcta, con la traducción latina muy exacta de Cristóbal de Vega, y para los libros I y III de las epidemias del

experimenta modificaciones naturales. En el orden natural el género humano es un producto de la vida *cosmica, sideral y telurica*.

»El alma *sensible* ó el sentimiento en su acepción general, es la forma de la sorda y secreta actividad del espíritu en su individualidad todavía inconsciente. Por eso mismo su contenido es muy limitado y pasajero, porque pertenece al sér natural inmediato y finito..... Todo está virtualmente en el sentimiento, ó como se dice, en el *corazon*, antes de estar en la cabeza; pero solo por el pensamiento se realiza y confirma este contenido virtual; por el pensamiento y no por el sentimiento es el hombre superior á los animales...

»En fin, por un nuevo progreso el alma, llegada al sentimiento de sí propia, se distingue como tal de los sentimientos particulares, con el carácter de sustancia general de los mismos; *idealiza* el cuerpo, y se hace de él un instrumento. Reducidos así los diversos sentimientos, á no ser sino determinaciones del alma, que se constituye de esta suerte como ser general y *posee* su contenido, forman en este estado lo que se llama *hábito*. Libre ya el alma en sus movimientos viene á ser *alma real*.

»El hábito es el mecanismo del sentimiento de sí, como la memoria es el mecanismo de la inteligencia: es una *segunda naturaleza* determinada por el alma.

»Desde este momento el cuerpo es la exterioridad del alma, un atributo cuyo sugeto solo se refie-

texto griego y latino de Freind, con algunas enmiendas, que creyó oportuno hacerle.

Algo complicada y prolija es esta forma de exposición, que adoptó, según manifiesta en el prólogo, por convenir así al lustre de la profesión médica y para aficionar más á la juventud al estudio de las lenguas matrices, leyendo á Hipócrates en el mismo idioma griego, en que escribió. Pero hubiera modificado probablemente su opinión en lo sucesivo, puesto que abandonó esta idea en la reimpression del primer tomo, único en que intervino, dejando solo el texto latino, que es el lenguaje mas familiar entre los que se dedican en las escuelas al estudio médico. El texto castellano es suyo, y lo hizo, según dice (tomo I. Prefac. pág. ij). «porque estando traducidos en castellano, con grande honra y aprovechamiento de nuestra Nación, los mejores escritores griegos y latinos, así filósofos como historiadores, me parece que faltaba la traducción de Hipócrates, que es uno de los más principales de la Grecia, y de quien han tomado muchas cosas buenas los mejores filósofos que hubo en ella.» Por lo mismo, y teniendo presente, que algunos de los que se dedican al estudio de la medicina ignoran por lo comun la lengua griega y aun la latina la cultivan poco; añadió los comentarios en castellano, para hacerlos más comprensibles, prefiriendo las ventajas que pudiera reportar nuestra Nación, al aplauso que adquiriria divulgando sus obras entre los extranjeros. A este propósito le escribió á D. Andrés el célebre médico de Montpellier, D. Antonio Goban, una carta en que alaba

re á sí propio; el cuerpo no es ya sino la expresión del alma, el exterior; y el alma, que figura entonces como la identidad de lo interior y de lo exterior con subordinación de lo segundo á lo primero es *real*. El cuerpo, que es en cierto modo una obra artística producida por el alma, viene á constituir su expresión fisiognomónica y patognomónica. Pero en cuanto al espíritu, las formas exteriores del cuerpo no son mas que un signo imperfecto y accidental, y no ha habido razón para querer hacer una ciencia de la fisiognomía ó de la craneología; ciencia más vana todavía que la que pretendiera distinguirla por la forma de las plantas, sus virtudes medicinales.»

Tal es el punto de vista *metafísico* mas estudiado y desenvuelto de la idea del alma, en frente del cual se levanta el punto de vista crítico, que vamos á examinar brevemente.

Kant consideró á Dios el alma y el mundo, como objetos inasequibles, y cuyas ideas hasta son inconciliables con las funciones del entendimiento aplicadas á la experiencia posible; sin embargo, las admite como objetos de la razón, legitimados por su facultad indefinida de formas de las series de condiciones, y de elevarse de principio en principio.

Renouvier, más radical que su maestro, relega el alma entre las creaciones ontológicas, arbitrariamente fraguadas en el medio comun de la ignorancia, entre las cosas necesariamente ignoradas, ó sea entre las *no cosas*, en el estadio de la nega-

su discurso sobre la aplicación de la filosofía, quejándose de que esta obra y otras de medicina esten en castellano: *utinam in latinam linguam opuscula tua medica haberemus quia pauci linguam natalem audiunt!*

El autor empezó su colección hipocrática por el libro de los Pronósticos, por ser uno de los mejores que escribió el más sabio médico de la antigüedad, de quien no se duda que fué obra genuina; el cual ocupa todo el tomo primero, dedicado al Rey D. Fernando VI por medio de una inscripción sencilla y elegante, en lengua latina, imitando las de los romanos. Sigue la prefación de 46 páginas, divididas en cuatro artículos, en los cuales se trata respectivamente de la *patria, viajes y estudios de Hipócrates, de sus escritos, de su doctrina y autoridad, y de su comparación con Galeno*; todos ellos á cual más interesantes dignos de estudio. Hace una ligera reseña histórica de la medicina, «que ha existido siempre en el mundo, porque la ha introducido la necesidad que los hombres han tenido de librarse de las enfermedades, y la han dado aumento los deseos bien fundados que todos tienen de recobrar la salud perdida.» (pág. vij); recorriendo luego los tiempos antiguos hasta llegar á los conocidos y á la época de Hipócrates. Defiende á este grande hombre de la nota de irreligiosidad, de que le acusaban los materialistas modernos para cohonestar y autorizar su impiedad; pero «el no haberse separado bien los libros genuinos de Hipócrates de los apócrifos, ha sido el motivo de atribuírsele á este incomparable médico opiniones, no solo ridículas si no

cion, que es inútil y contradictorio empeñarse en explorar. «El alma, dice, es la esencia puramente inteligible y en sí de los metafísicos; hipótesis arbitraria, caprichosa, grosera á su modo, de los abstractores de sustancias... Este concepto debe sustituirse por el de *personalidad idéntica de un mismo ser racional*.»

En fin, demos cabida en nuestra revista al flamante positivismo, que tanto se ufana en el día con la *solidez* de sus principios. y que pretende arrogante cortar el nudo gordiano de la ciencia, llegando á lo absoluto por la negacion pura de lo absoluto mismo, como si semejante pretension no fuera tanto ó más viciosa que la de los presuntos desatadores de ese nudo, que le apretaban cada vez más.

Hé aquí la definicion del alma segun el diccionario de Littré y Robin.

«Alma: término que expresa en biología el conjunto de las funciones del cerebro ó la inervacion encefálica, es decir: la percepcion, tanto de los objetos exteriores como de las sensaciones internas; la suma de las necesidades, de las inclinaciones que sirven para la conservacion del individuo y de la especie y para las relaciones con los demás seres; las aptitudes que constituyen la imaginacion, el lenguaje, la expresion; las facultades que forman el entendimiento, la voluntad, y por último, el poder de determinar las funciones del sistema muscular obrando así sobre el mundo exterior. Esta definicion resulta del dogma científico actual, que no ad-

impias.» (pág. xxxj); añadiendo, que no entendieron bien los textos de las obras que aducen en su apoyo. Expone luego la doctrina que se contiene en sus libros genuinos, basada en la admision como principio de lo que llamaba *naturaleza*, y en el estudio exacto de sus movimientos y leyes por medio de una observacion rigurosa; la que distingue del experimento, y de la esperiencia, calificando de verdaderamente útiles las observaciones generales, y de poca utilidad las particulares, y con tal motivo rebaja la importancia de la física y química. (Ibid. xxxiv).

Emite consideraciones muy juiciosas sobre el valor científico y práctico de Hipócrates, deduciendo de todo ello (Ibid. xxxvii), «que ha sido mirado como médico de muy grande autoridad en todos los siglos, y por los profesores de mejores luces en todos tiempos; y este general y comun consentimiento, que ha logrado por dos mil años sin decadencia, es un testimonio invencible de la gran solidez y utilidad de su doctrina.» Este juicio verdadero está basado en el artículo que le antecede sobre sus escritos, en el cual demuestra sus conocimientos especiales y la esmerada y fina crítica, con que supo distinguir los genuinos de los apócrifos, ateniéndose á tres reglas lógicas y de las mayores probabilidades, que le sirven de norma y guía en tan arduo empeño. Muy bien librado sale Hipócrates en la comparacion que luego hace con Galeno, de quien dice atribuyéndole merecida justicia (Ibid. xl), que era «uno de los hombres más grandes de la antigüedad, porque su ingenio fué extraordinario, su erudicion muy vasta y esqui-

mite propiedad ó fuerza sin materia, ni materia sin propiedad ó fuerza, declarando que ignora absolutamente lo que es en sí la fuerza y la materia.»

Basta por hoy: por sucintos que quisiéramos ser en nuestras reflexiones, harian demasiado largo este artículo. Las dejaremos pues para el número inmediato.

M. NIETO.

SECCION PROFESIONAL.

De cómo se respetan los derechos ilegislables de los médicos.

Entre las muchas reclamaciones que diariamente recibimos, el Sr. D. Ricardo Pascual, médico de Vega de Rulponce, nos escribe lamentándose de la notable desigualdad con que se han hecho en aquel punto los repartos para gastos municipales y provinciales. Pero el principal motivo de su queja es el que expresa en las siguientes líneas.

«En esta tierra llamada de Campos, partido judicial de Villalon, al Norte de la provincia de Valladolid, hay diez y seis pueblos que tendrán sobre 1.500 vecinos: de estos, once pueblos con unos 700 vecinos carecen de asistencia facultativa, y ejercen en ellos la profesion ministrantes, barberos y algun maestro de escuela: sus prescripciones se despachan en las boticas como las del más encumbrado doctor, y por nadie son molestados; algunos cobran como titulares, y firman sus libramientos, y son aprobados como los míos. Pero es el caso, que para el juzgado no es lo mismo, y cuando ocurre algun caso judicial, esos mismos pueblos por sí y ante sí acuden á los que por aquí ejercemos, y si no vamos inmediatamente, dan parte al señor Juez del partido, y éste, bajo multa y la más estrecha responsabilidad, dispone el pase del que más á mano le viene. Esto mismo nos está sucediendo hoy: el domingo último apareció en la puerta de un vecino de Melgar de abajo un

sita, su inteligencia en toda suerte de filosofía, en la retórica y en las ciencias naturales, maravillosa y rara; pero estas mismas excelentes prerogativas le ayudaron á corromper la medicina; de modo que se puede dudar, si es mayor el daño que el provecho que ha causado en ella.» Atribuye el autor estos perjuicios á sus desmedidos deseos de gloria y aspiraciones al imperio de la medicina, que consiguió volviendo odiosos á los médicos experimentales, llamándoles empíricos, y probando que la filosofía y los razonamientos que de ella se toman son sumamente necesarios á la medicina. Como terminacion de este paralelo y al fin de la Prefacion pregunta, si ha de haber teórica en la medicina, respondiendo (Ibid. xiv); «que la ha de haber para filosofar; pero para curar los enfermos no ha de haber otra cosa, que la esperiencia racional fundada en buenas observaciones... La medicina, así teórica como práctica, debe ser experimental, y la bondad mayor de ella siempre se ha de medir por el fundamento que las máximas tengan en la racional esperiencia; de modo que los razonamientos teóricos, para ser buenos, han de tener por principios fundamentales, que les sirvan de base, las observaciones prácticas que llegan á componer una racional esperiencia, no las máximas de la filosofía sistemática.»

En seguida empieza el libro de los pronósticos, cuyo texto explica y comenta extensa y eruditamente, apoyándose en la doctrina de los mejores médicos de todos los países, y discutiendo cuantas cuestiones se presentan al paso referentes al ejercicio práctico de la ciencia. Ocupán-



niño recién nacido, helado; inmediatamente el lunes por la noche, se presentó en esta con oficio del Juez municipal un vecino de aquella, y el martes por la mañana fui notificado para que pasase á practicar la autopsia. Me hallaba imposibilitado por un eczema en la pierna y muslo derecho y no pude ir; ni el hombre que vino pudo regresar por la gran avenida del Valderaduey, que era imposible vadear. Así las cosas, cuando pensaba que ya estaría concluido este negocio, se presentó anoche en mi casa el Secretario del juzgado municipal á notificarme un oficio del Juez del partido, para que inmediatamente, bajo la multa de 50 pesetas, sin perjuicio de lo que hubiese lugar, me presente á practicar la autopsia, y esto mismo se dice á los facultativos de Saelices, Melgar de Arriba y Santervas, los cuatro que ejercemos más inmediatos. La villa de Melgar cuenta 122 vecinos, y hace cerca de tres años que no tiene facultativo, ni trata de buscarle. Ya con motivo de las escavaciones que practican en busca de huesos, sucumbieron cuatro jóvenes, y uno de los compañeros tuvo que practicar cuatro autopsias, yo, en cinco años llevo practicadas cuatro en los pueblos limítrofes, sin contar las de aquí, porque me hallo obligado como titular; he tenido además varios casos judiciales, y todo esto sin pago alguno, teniendo que pagar una caballería, porque en este tiempo es imposible salir de aquí, y aun montado hay exposición de la vida por los barro, nieves y hielos. A la notificación contesté que no podía por hallarme imposibilitado por el reuma, y no sé lo que resultará; lo comunicaré á V., señor Director; estos son los hechos. ¿A cuántos comentarios no da lugar esto? ¿No hay una Constitución en que están consignados los derechos individuales? ¿no están consignadas las obligaciones? ¿no pago por estas cerca de 30 duros por ejercer mi profesión? ¿pues qué derechos tienen sobre nosotros los jueces? ¿por qué no se obligan los pueblos á tener sus titulares, como está consignado en la Ley de sanidad y Reglamentos de partidos? ¿es que solo hay obligaciones para los facultativos? En fin, á este paso vamos á progresar hasta echarnos un grillete y trabajar hasta morirnos de hambre, y adviértase que cuanto llevo dicho parece va á ser gloria, pues de hoy en adelante será otra cosa. La Ley del Registro civil previene no se dé sepultura sin previo reconocimiento y certificación facultativa de la defunción; y si estos once pueblos se empeñan en que los cuatro facultativos que aquí ejercemos desempeñemos dicho servicio, y el Juez dá en prevenirlo así bajo la mul-

dose del conocimiento de las causas para curar las enfermedades, hace notar, que para averiguarlas, cada cual se las finge segun su sistema; y poniendo por ejemplo una enfermedad, sobre la que se han dado diferentes explicaciones, dice: «al fin para la curacion de este mal espantoso se ve precisado á tomar las máximas de la naturaleza, conocidas y descubiertas por la experiencia; porque es muy poco ó nada lo que aprovechan semejantes razonamientos... de donde infiero que la máxima de curar uniforme, no pudiendo estar fundada en sistemas sumamente discordantes, es preciso dimanar en estos escritores de un mismo principio, que es la experiencia, en cuanto muestra lo que necesita en tal caso la naturaleza.» (págs. 10 y 11). En otro comentario inmediato considera el aire como el principal agente etiológico, como un filon inagotable de enfermedades, diciendo (Ibid. pag. 16): «Los médicos que están versados en la práctica, no necesitan de pruebas para conocer y creer, que el aire causa la mayor parte de las enfermedades, porque esta es una verdad experimental, que se les entra cada dia por los ojos.» Por esa causa explica las cólicas y cólera-morbo, que se presentan en la estacion calurosa, y suelen atribuirse á las frutas, verduras y otros agentes de los *ingesta*; las tercianas de otoño y las muertes repentinas, que ocurren en los Solsticios y Equinoccios, concluyendo, «que tuvo razon Hipócrates para establecer, como máxima inconcusa, que el aire es el autor y el principio de las alteraciones que vienen al cuerpo humano.» (Pag. 19.)

ta de 50 pesetas, ¿qué hacer? No hay más remedio que abandonar al país, pues no es posible otra cosa con este despotismo.

Yo espero, Sr. Director, que atenderá á estas reflexiones y llamará la atencion de quien corresponda.

Y en efecto, ¿quién puede desconocer la razon con que reclama el Sr. Pascual? Si la administracion de justicia conviene al Estado, á éste, que no á los médicos, corresponde pagar lo que sea necesario para desempeñarla. No se obliga por cierto á ningun abogado á ejercer gratuitamente en caso de necesidad el cargo de juez, y menos á abandonar su familia y domicilio, y salir en busca de aventuras con pérdida de intereses y exposicion de su vida. Si el mismo Estado necesita tambien registro civil, debiera pagarle con los fondos comunes, y no llevarle á cabo á costa de vejaciones intolerables, impuestas á una clase, harto vejada y oprimida ya, precisamente en los tiempos en que tanto se vocifera *la libertad, la igualdad, la fraternidad*. ¿A qué esforzarse en esplanar estas razones? ¿No están en la conciencia de todos? Lo que hace falta aquí, no es el conocimiento del mal, sino la aplicación del remedio; pero el remedio en este caso como se dice vulgarmente en los desesperados, de medicina, ha de venir de Dios. Los médicos nada podemos hacer más que representar á los gobiernos y á los diputados de la nacion; mas unos y otros se han hecho se harán siempre los sordos, porque ni quieren prescindir de servicios que consideran vitales para la sociedad, ni tienen fondos de qué disponer para aplicarlos á tan sagradas obligaciones. No hay, pues, otro remedio que el último que propone el Sr. Pascual: emigrar. ¿Pero á dónde? Fuera de una profesion, que no debiera haber abrazado sino con ánimo deliberado de sufrir el martirio. Lejos de eso, la multitud acude á llenar las filas de las clases médicas con una ceguedad que espanta. Dentro de poco, al paso que vamos, se habrá duplicado el número de médicos en España, y seguirán

En los demas comentarios no pierde ocasion para proponer las máximas más juiciosas y consejos atendibles sobre los principales remedios terapéuticos, ocupándose repetidamente de la sangria, que alaba para el tratamiento de las anasarcas, en oposicion á las creencias de su época, diciendo (pag. 83): «en la *leuco-phlegmatia* las sangrias hechas á tiempo y con juicio son un grande remedio.» Ensalza los beneficios del uso del agua fria en las calenturas malignas, en las cuales dañan los medicamentos cálidos aromáticos, aprobando el dicho del médico Rhasis, «que en la pestilencia el agua fria es uno de los mejores remedios que tiene la medicina» (Ibid. 91). Califica de temeridad el poner cantáridas á los enfermos por costumbre y de extraordinaria credulidad aplicarlas en la inteligencia de que sus partecillas exhaladas y mezcladas con la sangre, adelgazan los humores espesos, y luego añade (pa. 212): «La regla fija, que debe haber en esto, consiste en observar atentamente qué enfermedades son las que la naturaleza cura por abscesos, y en qué tiempo de la enfermedad deben estos salir para ser buenos; y en tal caso se pueden aplicar las cantáridas, ú otros cáusticos, si la naturaleza estuviese torpe y pareciese conveniente ayudarla á su accion.»

(Se continuará.)

abusos, y se aumentarán las quejas, como si todo ello no estuviera previsto, y pudieran llamarse á engaño los que desde tiempo inmemorial están viendo cuál es la condición del médico en nuestra patria, y sin embargo se esfuerzan por ejercer una profesión sujeta á tantos y tan graves contratiempos.

En suma, hay aquí por una parte abusos, y por otra perjuicios inherentes á la profesión misma, á sus íntimas relaciones con lo más vital é importante que hay en la sociedad. El terrible argumento de la necesidad ha de escusar siempre, más á menudo que otros muchos, los atropellos cometidos con el médico. Por lo tanto, preciso es *resignarse* de antemano con esta dura ley, que solo puede eludirse dejando de abrazar una profesión tan ocasionada á disgustos. El médico, como el rico, será siempre *saqueado* cuando la sociedad se muera de hambre de lo que él posee. ¿Podría y debería la sociedad evitar tales conflictos por medio de sabias y equitativas disposiciones? Si no del todo, mucho puede hacer, y acaso lo hará algún día... por ahora hay poca esperanza, y muy de temer es que llegue tarde el remedio para los que le han de menester.

* * *

PRENSA MÉDICA EXTRANJERA.

Experimentos sobre la acción del sulfato de magnesia en el intestino; por el Dr. ARMANDO MOREAU.

No son satisfactorias las teorías fisiológicas relativas á la acción de los purgantes: hay que hacer investigaciones precisas para resolver varias cuestiones pendientes.

En los experimentos de que me ocupó he seguido el procedimiento siguiente:

En un perro en ayunas y cloroformizado, practico una incisión á lo largo de la línea blanca; separando el epiploon saco una asa intestinal de 5 á 20 centímetros de longitud que obstruyo con dos ligaduras convenientemente apretadas, y con un trocar oblicuamente dirigido en el espesor de sus paredes, inyecto en esta asa una disolución. Sé cose la herida y se abandona al animal. Cuando despierta se va por su pié á la casilla, sin que presente otros efectos que los propios del cloroformo; muerto después instantáneamente por la insuflación del aire en la yugular, se examina el asa intestinal.

He inyectado así 20 centímetros cúbicos de agua con un quinto de su peso de sulfato de magnesia, en una asa de intestino delgado, en perros en ayunas y en condiciones normales. Las cantidades de líquido encontradas en el asa intestinal han sido las siguientes:

70	centímetros cúbicos á las	6 horas.
300	18 —
200	19 —
50	20 —
130	22 —
155	22 —
166	22 —
335	24 —

Estudiando este cuadro se vé que las cantidades de líquido obtenidas no aumentan en razón del número de horas que ha durado el experimento; los animales no eran semejantes entre sí; el que dió en 20 horas 50 centímetros cúbicos era de poca alzada, mientras que el que dió 300 en 18 horas era muy alto.

Resulta de los experimentos citados, que en las condiciones normales la presencia de una disolución de sulfato de magnesia en el asa intestinal de un perro, produce el aflujo de líquidos en cantidad notable.

He querido en el experimento siguiente ver si se podía comprobar fácilmente el hecho de la reabsorción de los líquidos producidos bajo la influencia de dicha disolución.

En un perro he recogido los líquidos acumulados en consecuencia de la inyección de 20 cent. cúb. de la disolución magnesiana. La cantidad obtenida fué de 335 centímetros cúbicos. Tomé 30 cent. cúb. de líquido y los inyecté en una asa intestinal de otro perro; al siguiente día

se examinó esta asa; contenía cerca de 2 cent. cúb. de una papilla espesa; había habido absorción de casi la totalidad de los líquidos tomados en el intestino de otro perro, y procedentes de la acción del sulfato de magnesia.

Estos resultados están conformes con las ideas generalmente admitidas; sin embargo, la proposición que he formulado á saber «que en las condiciones normales la presencia de una disolución de sulfato de magnesia en el asa intestinal de un perro, provoca el aflujo de líquidos en bastante cantidad» ha sido implícitamente negada en Alemania.

Thiry, en una Memoria presentada á la Academia de Ciencias de Viena dice, que está fuera de duda que el sulfato de magnesia, el sen, el aceite de croton (los dos primeros por contacto directo de la mucosa intestinal, el último solo inyectado bajo la piel) no provocan la diarrea por un aumento de secreción de las glándulas de Lieberkühn sino que esta depende de otra causa. Es muy verosímil que los medicamentos citados obren suprimiendo en cierto modo la reabsorción del agua del contenido en el intestino.

Las ideas de Thiry tienen hoy un nuevo intérprete en una memoria del doctor Radziejewski (de Berlin) sobre la acción fisiológica de los purgantes.

Los laxantes más enérgicos, dice, no producen evacuaciones acuosas sino suprimiendo, por la aceleración de los movimientos peristálticos, la reabsorción de los líquidos.

En los experimentos siguientes me he aproximado á las condiciones particulares en que se han colocado estos autores.

En un perro cloroformizado corto el intestino en dos puntos; queda una asa formada por esta parte del conducto intestinal, intermedio de los dos puntos de sección; los dos extremos del intestino se reúnen por el procedimiento de adhesión de las serosas, y se sostiene la continuidad del conducto.

El asa libre y flotante en el abdomen conserva sus vasos y sus nervios en el espesor del mesenterio correspondiente; cierro esta asa por ligaduras apretadas en los dos extremos; inyecto 20 centímetros cúbicos de la disolución magnesiana, y termino la operación por la sutura de las paredes del abdomen.

Al día siguiente el perro anda á pié por el laboratorio: se le mata como siempre con la inyección de aire en la yugular. El asa enormemente distendida contiene 332 centímetros cúbicos de líquido.

En otro perro cloroformizado establezco del mismo modo una asa y mantengo con la sutura ya indicada la continuidad del conducto intestinal; procedo al establecimiento de la fistula de Thiry, fijando el extremo inferior del asa á la pared abdominal. El animal muere por la noche y el asa contenía 138 centímetros cúbicos de líquido.

He repetido los experimentos en estas nuevas condiciones, y obtengo los mismos efectos que obtenía antes.

Creo inútil hablar de cada uno de los experimentos de los autores citados, manifestar en qué difieren de los míos, y como estas diferencias explican á la vez los resultados negativos que obtienen y los positivos que yo observo. Estos resultados son todos ciertos, y creo haber precisado suficientemente las condiciones de mis experimentos para que cualquiera pueda repetirlos, y para que la proposición siguiente, que los médicos han admitido siempre, se considere como demostrada experimentalmente, á saber: «una disolución de sulfato de magnesia puesta en una asa intestinal de un perro, determina en las condiciones fisiológicas el aflujo de cantidades notables de líquido.»

Síntomas de la embolia pulmonal.

El Dr. Boissarie ha publicado en la *Revista Médica de Limoges* una serie de artículos sobre la embolia de las arterias y de las venas.

Respecto de la embolia pulmonal dice, que los síntomas son de tres órdenes, según: 1.º que la muerte sea rápida y casi instantánea; 2.º que los fenómenos asfíxicos se prolonguen más ó menos; 3.º que sobrevenga la curación.

En las embolias pulmonales, la muerte rara vez es fulminante: Virchow lo ha demostrado experimentalmente. Es preciso para esto que el obstáculo sea bastante voluminoso para obstruir brusca y completamente el tronco principal. Es difícil en los experimentos hacer penetrar

en un tiempo dado bastante cantidad de cuerpos extraños para llegar á este resultado. En estas condiciones se produce una extension brusca de todo el cuerpo. La cesacion súbita de los movimientos del corazon, la dilatacion extremada de la pupila con prominencia de los globos oculares y dilatacion de la hendidura palpetral, la suma dificultad y en fin, la desaparicion de la respiracion, tal es al menos la sucesion de los fenómenos que los experimentos fisiológicos han revelado. La observacion en el hombre no confirma siempre estos datos. En el hecho del Sr Briquet la muerte fué tan rápida que se confundieron todos los accidentes.

Gran número de hechos publicados entra en esta categoria. Así, en la memoria del Sr. Azam, la mayor parte de las observaciones terminan con estas palabras: el enfermo da un grito y muere. Lo mismo sucede con el hecho del Sr. Velpeau. En la tesis del Sr. Ball las observaciones presentan la misma terminacion. Todo se reduce á una ansiedad extremada, seguida de palpitacion, disnea, y en algunos segundos llega el término final.

La enumeracion de los síntomas es, pues, muy corta y el signo patognomónico se resume en esta brusca terminacion; solo el conmemorativo ayuda al diagnóstico.

En el segundo orden de hechos los fenómenos duran uno ó muchos dias, algunas veces se repiten con intermitencia. En la observacion de Ball, la agonía duró cuatro horas. Todos los síntomas se refieren á dos órdenes de causas: 1.º trastornos de la respiracion; 2.º trastornos de la circulacion.

Lo que choca desde luego es la disnea, la angustia de los enfermos; se sientan para respirar mejor, y sin embargo, ni la auscultacion ni la percusion revelan nada anormal. Es que en efecto, el pulmon está sano; sus movimientos de expansion y retraccion son libres; pero el acto esencial que caracteriza esta funcion se suprime, no se hace la oxigenacion de la sangre, y es inútil que llegue el aire al pecho.

Respecto á la circulacion, los movimientos del corazon se hacen irregulares, tumultuosos, y luego débiles: del mismo modo el pulso llega á hacerse insensible, las extremidades se enfrían, el sudor cubre el cuerpo. El corazon cesa de latir mientras que se verifican aun movimientos de inspiracion profundos, lo cual probará, segun Virchow, que aquí como en toda asfixia la interrupcion de la circulacion pulmonal paraliza más el corazon que el pulmon.

Sobreviene la muerte: 1.º ¿por la accion de la sangre venosa sobre el corazon derecho? 2.º ¿por la falta de sangre arterial para el corazon y el cerebro? 3.º O bien, como quiere Bichat, ¿por la entrada de la sangre venosa en las arterias coronarias? No podemos entrar ahora en esta discusion; pero digamos con Virchow que la muerte se verifica por asfixia y que todas las formas de esta producen la parálisis del corazon; la detencion de sus movimientos en el diástole, ya por la irritacion primitiva del nervio vago, por la isquemia pulmonal ó por un envenenamiento.

En el caso de muerte por embolia pulmonal, la inteligencia permanece normal hasta el fin, y no se observa ninguna parálisis ó alteracion en el sistema nervioso.

En los casos en que se han diagnosticado las alteraciones debidas á la embolia pulmonal, alteraciones que desaparecen y van seguidas de curacion, se han fundado los practicos en el mismo orden de síntomas: disminucion de la temperatura del cuerpo, disnea. La observacion del señor Jacquemier nos presenta un buen ejemplo.

Una jóven de 20 años á los doce dias del parto cae sin conocimiento como muerta. Recobra pronto su inteligencia; pero el pulso está insensible, las extremidades frias, la respiracion dificultada. Dura este estado siete ú ocho horas, durante las cuales se renuevan los accidentes tres veces con la misma intensidad sin que la remision sea nunca completa. Los Sres. Barth y Jacquemier no vacilan en reconocer una embolia, aunque seis dias despues la enferma estaba en convalecencia.

Azam en su memoria refiere muchos hechos de curacion, en los que el diagnóstico no fué dudoso.

Cuando se prolonga la vida, se manifiestan inflamaciones consecutivas, apoplejias, neumonias, gangrenas parciales. Algunas veces parece que el enfermo tiene conciencia del asiento del obstáculo que se opone al curso de la sangre.

Estudiando Virchow los síntomas que se presentan en

los animales á quienes se interrumpe la circulacion pulmonal, los divide en tres órdenes: 1.º fenómenos debidos á la irritacion del vaso y partes que le rodean; 2.º fenómenos debidos á la coagulacion de la sangre; y 3.º los que dependen de la interrupcion de la corriente sanguinea.

Añade que estos últimos son los menos marcados: en el hombre cuando la muerte es rápida son los únicos sensibles; los demás se presentan mas tarde.

Digamos de un modo incidental que el Dr. Lavirotte en el congreso de Lyon, ha indicado la sonoridad exagerada de los pulmones como signo de la presencia de las concreciones sanguineas en las cavidades derechas del corazon. Pero no cita mas que un hecho en apoyo de su opinion.

Considerando como signo característico de la embolia pulmonal la brusca aparicion de una disnea cuya causa no pueden revelar la auscultacion y la percusion, y como fenómeno accesorio el enfriamiento de la superficie del cuerpo, las alteraciones nerviosas diversas, conservándose la inteligencia; podemos fijar las bases del diagnóstico, comparando todos los estados que pueden producir la muerte por síncope ó por asfixia, las concreciones fibrinosas del corazon y los coágulos del pulmon.

La muerte repentina es frecuente en el estado puerperal y el Sr. Dubrénil ha demostrado á qué causas diversas puede referirse. Dependerá de la embolia, cuando precedida del orden de síntomas enumerados, se encuentren indicios de flebitis ó de coágulos en un punto dado del sistema venoso, cuando no sobrevenga inmediatamente despues del parto, y se puedan eliminar las otras causas de que hemos hablado, el dolor exagerado, las impresiones morales, las hemorragias y el síncope.

Los pólipos del corazon presentan un principio mas insidioso, una agonía mas larga sin alternativa de remision, algunas veces delirio, ruidos anormales del corazon y trombosis periféricos.

En estos casos algunos signos prodrómicos anuncian la formacion de estas concreciones, que no pueden ser instantáneas.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Excmo. Sr.: Atendiendo al crecido número de instancias recibidas en este Ministerio solicitando matricula en los establecimientos oficiales de enseñanza; y considerando que su concesion fuera de las épocas de examen no se opone en modo alguno á los principios de libertad de enseñanza ni al buen orden académico, S. M. el Rey ha tenido á bien disponer que se remitan á los Rectores de las Universidades del Reino todas estas instancias decretadas favorablemente, y que los mismos Rectores queden facultados para la admision de matricula hasta el dia 20 de Mayo, desde cuya fecha no concederán ninguna solicitud de este género bajo su más estrecha responsabilidad.

Lo que de orden de S. M. comunico á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 8 de Febrero de 1871.—Ruiz Zorrilla.

Sr. Director general de Instruccion pública.

Negociado 1.º

Se halla vacante en la Universidad literaria de Valencia la cátedra de Anatomía quirúrgica, operaciones, apósitos y vendajes, dotada con el sueldo anual de 3.000 pesetas, la cual ha de proveerse por oposicion con arreglo á lo dispuesto en el artículo 226 de la ley de 9 de Setiembre de 1857 y en el 2.º del reglamento de 15 de Enero de 1870. Los ejercicios se verificarán en la Universidad de Valencia en la forma prevenida en el título 2.º de dicho reglamento. Para ser admitido á la oposicion solo se requiere tener el título de Doctor en la Facultad de Medicina y Cirugía, ó tener aprobado los ejercicios para dicho grado.

Los aspirantes presentarán sus solicitudes en la Secretaría general de la Universidad de Valencia en el improrogable término de dos meses, á contar desde la publicacion de este anuncio en la *Gaceta*, acompañadas de los docu-

mentos ó copias autorizadas de ellos que acrediten su aptitud legal, de un programa razonado de las enseñanza correspondientes á la cátedra que trata de proveerse, y de una Memoria sobre las fuentes de conocimiento y método de enseñanza de la asignatura objeto de la oposicion que se anuncia.

Segun lo dispuesto en el art. 8.º del expresado reglamento, este anuncio deberá publicarse en los *Boletines oficiales* de todas las provincias y por medio de edictos en todos los establecimientos públicos de enseñanza de la Nación; lo cual se advierte para que las Autoridades respectivas dispongan desde luego que asi se verifique sin más que este aviso.

Madrid 18 de Enero de 1871.—El Director general, Juan Varela.

REAL ACADEMIA DE MEDICINA DE MADRID,

DISCURSO

SOBRE EL CRITERIO CLÍNICO,

por el Sr. García Caballero.

(Conclusion) —(1)

Por último, la parte sexta es una recopilacion de toda la Memoria, por cuya razon la insertamos íntegra.

«Ávida la ciencia médica de la verdad á cuya investigacion se consagra, recibe sus dones á medida que con mayor diligencia se esfuerza en ensanchar los límites de los conocimientos que poseemos. Asegurados de una verdad general, procede el descubrimiento de verdades en particular, aumentando datos analíticos y sintéticos para llegar á comprender *lo más*, y fundar la verdad y certeza relativas: reconocer esta certeza y hacernos cargo del concepto más comprensivo de los hechos y leyes de las cosas cognoscibles para hacerlas en lo posible conocidas, buscando la conformidad del entendimiento con lo que es... hé aquí la base del criterio.

«No creo necesario ocuparnos de la distincion posible entre la verdad de *lo que es*, y lo que de esto aprende como cierto el entendimiento del hombre, y la verdad de *lo que aparece ser*; pero sí no debo dejar de oponerme á una funesta tendencia de los que, persuadidos de que *lo que es*, es *inmutable* y *fácilmente asequible*, descuidan su investigacion más de una vez, y al aparecerles velada la verdad, se abandonan inconscientes á un *será* incierto y problemático, de trascendentales consecuencias, que pudieran evitarse pensando con aquel arte y reglas que tanto recomendaba el príncipe de la elocuencia: la lógica, inflexible guía de la razon.

«Ilustrarse y adquirir el mejor saber con reglas determinadas, es ir en busca de un buen crítico médico; y este no se forma, no, con el laberinto de los principios metafísicos, ni con las nebulosidades de ciertos ideólogos, ni menos con el olvido de todo precepto filosófico. Sencillez en los estudios, menos tecnicismo, y más juiciosa observacion y sana práctica, este podria ser el fundamento de un buen criterio clínico.

«¿Y es esto posible, siendo tan variable el objeto en sí, por sí, y por los accidentes que le suelen rodear? Si; y no solo lo es, sino que es necesario: y os lo demostraré como me sea posible en esta última parte de mi oracion, con razones que no os sorprenderán por lo nuevas ni buenas, pero que á mí me satisfarán, si aunque no sean las mejores, se las halla armonizadas con el buen juicio.

«Colocado el hombre en el centro del universo, desplégase ante su vista su propia y admirable personalidad; alónto contempla el espacio, el inmenso panorama del

mundo, la multitud de seres que le pueblan, la portentosa extension de los mares, los globos de luz que ruedan por el firmamento, la anchurosa bóveda de los cielos con la muchedumbre de estrellas que tachonan su brillante azul; y sorprendido de tanta grandeza, prostérnase confundido ante Aquel que supo dar á cada ser su ser necesario con una prevision y economía tan prodigiosa que, encadenando a todos los seres en una perpétua creacion, de ella misma ha de salir el grito unísono, la aclamacion augusta de *un solo Creador, un solo Dios omnipotente*. Pero ¡ah! que el hombre fué hecho por Dios mismo á su imagen y semejanza propia, y le fué dado el dominio de lo creado, y para ejercer su poder, menester era que *conociere* todo lo que á su servicio y para el cumplimiento de sus destinos, en el impenetrable plan de la creacion habia puesto la Providencia! Dióle para este fin la *razon* y el *discernimiento* para descubrir y conocer lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo falso y lo verdadero, lo bello y lo imperfecto; la *memoria* fuéle concedida para conservar y retener los hechos; la *atencion*, para observar los que se presentan; el *juicio*, para compararlos y emplearlos; la *conciencia*, para apreciar y distinguir las buenas de las malas acciones, y la *libertad moral*, que es poder de hacer ó no hacer autocráticamente lo que al hombre plazca, pero de acuerdo con la razon hija de la verdad y la justicia; y por fin, otorgáronse al hombre cuantas luces precisas fuesen para investigar y conocer la verdad en la ciencia y en el arte.

«Magníficas dádivas por cierto son estas, pues con ellas no es muy difícil atender á la necesidad de saber bien y encontrar la norma del criterio, que *es para el entendimiento la posesion de la certeza fundamental*.

«La mayor suma de certeza en medicina es imposible adquirirla sin proponerse como regla principal de conducta el *observar* de un modo esquisito y delicado todos los hechos; sin la *experiencia* que los examina y aquilata su valor; sin *razon* que los comprenda, juzgue y explique, para de aquí *inducir* legítimamente la mayor parte de verdad. Sin estos medios no hay *juicio verdadero*: error tras error amontonaremos, porque solo el *genio* que generaliza y clasifica y adivina, se halla exento de esta inexorable ley del *criterio*, que será legítimo ú erróneo en terapéutica, diagnóstico y pronóstico, en sistemas y teoria, segun que estén ó no basados sus juicios en la induccion lógica y natural consecuencia de aquellas bases fundamentales: pudiendo asegurarse que, si alguna vez hay certeza en un juicio formado sin tales premisas, es un acierto casual, así como lo que decimos del genio, no es en realidad por creer que de las reglas prescinde, sino que tiene caminos ó senderos á la generalidad desconocidos para llegar á la verdad, que son sus verdaderas reglas de induccion, tan legítima ó más que la sancionada por la ciencia.

«En todas las ciencias esta es la base del saber, y en medicina acontece lo propio; pero en esta ciencia se hace más difícil adquirir el criterio (y cuán sin *razon* se la moteja y acusa!), por la infinita variedad y multiplicidad de las acciones de la naturaleza, por las perturbaciones que á su marcha oponen los mismos enfermos ó sus deudos, acaso por la insuficiente reflexion del médico, pero más á menudo que por la decantada imperfeccion é incertidumbre de la ciencia, por la frecuente infraccion de sus preceptos y consejos, siempre conformes con el buen sentido y la moral, por desdicha muchas veces en desacuerdo con los actos y condiciones de los pacientes,

(1) Véase el núm. 893.

que vieran más triunfos en la medicina, si dóciles se dejaran guiar por sus sábias advertencias. Pero así es, y así sucede, y sobre estas bases movilizadas ha de fundarse el edificio del criterio, y con ellas y su versatilidad ha de contar el médico.

»Cómo se emplea este criterio, y cómo se forma principalmente en todos casos, es imposible consignarlo por la misma esencia de las cosas, y por el estrecho círculo de nuestros conocimientos comparado con el inmensurable de lo desconocido; pero en la gran generalidad de los casos, conviene que, sabiendo atenernos á lo que sabemos, á lo menguado de nuestros medios de adquisicion y lo reducido de nuestras facultades, reconociendo lo que somos y podemos, sin intentar soberbios penetrar en lo que providencialmente está vedado y encerrado en el arcano de la *Sabiduría infinita*, trabajemos incansables en lo que es cognoscible en nuestra ciencia, que no es poco sin duda (aunque parece mucho lo sabido), porque es inmenso el campo de lo posible, é infinito el número de las cosas ignoradas; pero infinitos también los medios que la naturaleza pone á nuestra disposicion para dejarse conocer en sus obras misteriosas, haciendo que con la conciencia que á su lado camina, se entrevean sus designios, si la imprudente impaciencia no nos aparta de la senda del buen criterio, por la que de seguro llegaremos á la posesion de la verdad.

»En medicina, que no es una ciencia *á priori*, sino una ciencia emanada de los hechos, *salud, enfermedad, remedio*, solo puede formarse un criterio racional y verdadero, conociendo perfectamente aquellos hechos; y pasando por una lógica inflexible de un principio á su consecuencia legítima, de una deducción á otra, hasta llegar por el estudio de las causas y los efectos al último fin de aquel principio. ¿Cómo negar que es difícil la aplicacion del principio de prioridad y sucesion, y la deducción legítima de que tal hecho depende de tal otro necesariamente, cuando hay tanta confusion en la aparicion de los fenómenos morbosos, por venir á un mismo tiempo los que reconocen diversas causas, y porque cada uno puede ser complejo y originado por diferentes motivos, sin que ninguno por sí propio sea capaz de determinarle, resultando de una combinacion de causas? Por esta razon será indicio de buen criterio no enlazar las apariciones fenomenales con causas próximas, sino son legítimas, pues puede haberlas coexistentes, accidentales ó meramente coincidentes, y estableceríamos una falsa realidad en los dominios de la verdad, deduciendo en pro lo que bien pudiera ser erróneo. Y aquí está y conviene señalarle, el escollo del método numérico, por ejemplo, cuando se le dá la importancia exagerada del exclusivismo que aparece en Louis y Bouillaud. No es prudente, ni mucho menos, prescindir de la estadística, que es un auxiliar poderoso; pero conviene, y es útil, no olvidar que varía mucho la organizacion de los hombres y las condiciones en que están colocados; y que cada uno se rehace á su manera sobre las causas morbíficas siendo por tanto múltiples los síntomas y los efectos terapéuticos... y era necesaria la identidad para que la estadística fuese infalible, que es lo que algunos pretenden; pero no será nunca más que un dato probable, y en este sentido útil solo; porque sabido es que si falsamente apreciásemos, sumaremos errores; y si hemos deducido bien, la verdad es inmutable lo mismo con un hecho que con muchos.

»Sobre esta revuelta atmósfera de hechos, hijos de tan variadas procedencias, como son las analogías y semejanzas orgánicas y funcionales, las determinaciones de los

fenómenos mismos, y sus eslabonamientos, ya sean vitales, fisiológicos, patológicos y terapéuticos, los variados juicios comparativos, y sobre los de la prioridad y sucesion, y la estadística; reina la *inducción lógica* como foco perenne de luz con que aquellos deben mirarse para no darles una importancia inoportuna y fuera de lugar, porque nada hay absoluto en nada, y menos en medicina, en que todo debe estar en relacion analógica, guardando la mayor concordancia, para no incurrir en el defecto de juzgar por apariencias, muchas veces falaces y de gran trascendencia práctica. A la verdad, señores, porque la flebitis traumática sea, por ejemplo, un accidente más frecuente en los febricitantes y en los pulmoniacos (indudablemente porque en aquellos estados morbosos se sangra más y con más precipitacion, por la urgencia del caso, que en otras circunstancias patológicas), ¿será lógico deducir que en las fiebres esenciales y en las neumonías es un síntoma la flebitis, que en la mayoría de casos determina una mano inesperta, y que, si ninguna relacion tiene con la causa morbífica de la fiebre ó de la neumonía, tiene tantas y tan sobradas con el traumatismo accidental?

»Ciertamente que no podemos dispensarnos de una formal induccion, pues aquí vemos claramente el peligro de una generalizacion indiscreta, que llevarnos puede á tocar también el riesgo del error, con tanta seguridad como una restriccion inconveniente, que excluyera sin razon hechos constantes, que *tienen su ley y razon de ser* á que responden, y que son, por más que parezcan extraños.

»Frecuente es observar en primavera y entre los agricultores que limpian de malezas las tierras, donde se cultiva cierta semilla abundante en nuestra España, una oftalmia especial, que procede ó coexiste con un cólico á veces grave, y que á no pocos de estos cultivadores atormenta. Si de la simultaneidad de aparicion deducimos la analogía de causa, y más la analogía de efecto, perdidos estamos en el juicio etiológico, en el diagnóstico y en la terapéutica.

»Descompongamos estos hechos, ó mejor factores del hecho, y veremos, que si la oftalmia falta pocas veces cuando hay calor y humedad, el cólico no es constante, ni aparece en los que guardan buen régimen, que no comen las semillas verdes, ni beben como los incantados enormes cantidades de agua tras la ingestion de aquellas en gran cantidad y con un poco de mal pan, bajo la influencia de un sol abrasador, encorvados mucho tiempo entre las matas, que en esa ocasion (humedad y calor) forman una atmósfera asfixiante, por la poca corriente de aire que permiten, y las emanaciones de la planta que los escardadores llaman *salitre*. Con estas prudentes reservas, tendremos averiguado que la oftalmia, por la posicion del cuerpo, el calor húmedo, las emanaciones suspendidas en la atmósfera que rodea las plantas, es un efecto real y positivo, aunque no necesario; y el cólico ó mal de vientre, es un accidente, que no siempre tiene lugar, y que las mismas causas pueden producir con independencia del mal de ojos, y fuera de la atmósfera que determina esa oftalmia *sui generis*, que por cierto se cura espontáneamente sustrayéndose á la accion de la causa.

»La atencion enérgica, la comparacion exacta, y el severo raciocinio para observar y conocer por experiencia, son, no hay que dudarlo, el material con que se forja la sólida y filosófica induccion, única áncora de la ciencia, de la verdad de la teoría, que al dar resultados análogos por el hábito de repetirlos, crea el *tino práctico*, el *juicio recto*, verdadero criterio que en medicina puede salvarnos guiándonos con seguridad al puerto de la verdad.

»No quisiera entrar en un deslinde, poco fácil de hacer por una parte, y por otra inconveniente acaso, pues todo converge á un fin, entre lo que sea el *criterio médico en general y el particular criterio clínico*. Pudiera aplicarse aquel al exámen crítico de teorías ó doctrinas, á la ciencia en general, á su conjunto en abstracto; y este, al que versa sobre casos particulares, y forma la buena y lucida práctica. Inseparables son seguramente, pero se nota cierto desequilibrio, un desnivel, como decia con gran propiedad el respetabilísimo Dr. Castelló, porque suelen estar en desproporcionada altura las verdades de los sistemas y las verdades de la práctica, ofreciéndose por ende contrastes singulares, que dejando percibir en los hombres de ciencia esas dos formas de criterio, pueden hacer que entre teóricos y prácticos, el criterio racional clínico no tenga su legítimo representante. Y es que, la erudicion y la rutina se salen de su órbita; no saben girar como debe hacerlo el verdadero médico, que juzga en cada caso con la particularidad que es indispensable á la infinita variedad de circunstancias peculiares de cada sugeto y de cada caso; de donde se deduce palmariamente que *uno solo es el criterio verdadero, filosófico y clínico*, y que no puede tener fundamento racional por solo la erudicion, ni por la práctica ciega; sino que es *privativo del entendimiento* que posea las dos cualidades reunidas, y que al complementarse la una por la otra (pues separadas no pueden ser perfectas) forman el verdadero talento médico. Pretenderia una quimera el que intentara basarle en la teoría, ó en la disposicion natural con que aciertan á interpretar necesidades naturales de algunos pacientes, ciertos sugetos; pues ni la erudicion sin el juicio es sabiduría, ni el buen sentido sin la observacion, el estudio y la experiencia docta, es la ciencia, ni menos la peculiar del buen criterio médico, que estaria como sin ninguna base no teniendo las dos; ó en otros términos, *no habria criterio*, y se caminaría al azar en las más difíciles circunstancias no teniéndole, porque es el gobernalle de la nave de la medicina, engolfada siempre entre las rompientes de las dudas que amenazan ocultar la verdad médica, nacida del doble origen de la ciencia y el arte; y que la constituye en ciencia de primer orden, siendo sin él, casi imposible el descubrimiento de la verdad, difícilísimo hallarla entre las exageraciones teóricas ó sistemáticas, y no fácil precisar los cánones de la práctica de la medicina.

»Repetido ya hasta la insistencia que ningun sistema médico es suficiente para explicar la ciencia, si se aplica exclusivamente, ni es otra cosa que un error, y componiéndose la ciencia de doctrinas y sistemas de conocimientos patológicos y terapéuticos, ¿cuál podrá ser nuestro criterio, y cómo se formará en consonancia con la verdad de que ha de ser fiel reflejo? Abrazándonos á las verdades conquistadas en anatomía por esos géneos gigantescos de que nos ocupamos al principio de este discurso; en fisiología por los preclaros varones que penetraron en el misterio del movimiento orgánico agitado por el soplo de la vida; en etiología, que tiene averiguados hechos sorprendentes de accion y reaccion vital: en nosología y nosografía, donde hay verdades históricas tan puras como en las ciencias físicas, que no dirán alguna vez más que los diagnósticos de nuestros clásicos y los pronósticos hipocráticos; acogiéndonos a las verdades de nuestra higiene, verdadero código de la humanidad; á las de nuestra terapéutica juiciosa; á las de la salvadora cirugía, y en fin, á las de la medicina racional, sencilla y filosófica, que en tantas ocasiones dá vida á los moribundos, antidoto á los venenos, voz á los mudos, vista á los ciegos, siempre

consuelo á los atribulados y salud á las sociedades.

»No desmayemos porque el camino ofrezca dificultades que brotarán por do quiera, ni se nos ponga enfrente la no siempre comprobada mayor exactitud de otras ciencias; pues ni estas tienen resueltas todas sus dificultades, ni nosotros dejamos de poseer un precioso caudal de hechos positivos, que son verdades inconcusas en que debe descansar nuestro criterio. Pues qué, ¿hay duda de la existencia de síntomas patognomónicos en algunas enfermedades? ¿La hay tampoco en que existe, y se comprueba y se determina por el diagnóstico, la supuración pulmonal que demostró la autopsia? ¿Y la ascitis, el aneurisma, la apoplejía, la caries, los abscesos por congestión, las hemorragias arteriales? Y puede caber duda de que la ciencia posee una suma de conocimientos y remedios para curar muchos males? La sangría, el ópio, el tártaro estibado, la quina, el hierro, el mercurio, el iodo, el nitrato de plata, el percloruro férrico, los balsámicos, los antisépticos, la cauterización, ¿no justifican en cada caso adecuado, y cada cual en su razon, su eficacia en las congestiones, las neuralgias, el gastricismo, la intermitente pernicioso, la clorosis, la sífilis, el escrofulismo, los vicios de secreción mucosa, las hemorragias, la broncorrea, la septicemia, las aftas? Y las verdades de la cirugía con sus ligaduras, sus operaciones delicadas y salvadoras, la obstetricia con sus versiones y su fórceps, y la higiene con su vacuna y la medicina legal con sus informes, ¿no dan claro testimonio de su verdad? Con razon no puede dudarse; pues esas son verdades tan obvias, como la necesidad y sucesion de las estaciones y las del círculo no interrumpido de la vida de los seres.

»En medicina, con los hechos y los principios bien definidos, se forman la teoría y un cuerpo de doctrina segura y respetable (que ni son los sistemas ni el agregado de ellos, pues esto no da solidez al criterio); que, tomando algunos principios establecidos en todos los sistemas y los datos mismos que son objeto del estudio del médico, elevados á conocimiento filosófico por la perfecta posesion de lo resuelto y definido por la ciencia para su constitucion sólida, con la observacion y el buen juicio garantido por una sábia experiencia, nos dá la clave del criterio. Y para evitar confusion y falsas interpretaciones á que conducir pudiera el fatal espíritu de sistema, debemos no perder de vista que los *hechos* en su prodigiosa multitud de físicos, anatómicos, fisiológicos, patológicos, higiénicos ó terapéuticos, son los que esencialmente forman la doctrina médica, independiente de los sistemas y su explicacion, y que estimados y *exactamente juzgados* y en el orden de su natural existencia, dan á la razon la ciencia con las ideas, y crean el arte cuando se aplican con discrecion y acierto, resultando de aquí: la *teoría*, que es la memoria fiel y científica de los hechos sabidos; la *práctica*, que es el talento de hacer la observacion ordenada de lo presente, y el *arte* que es saber traducir lo actual, previendo lo contingente y señalando lo futuro, favoreciendo ó contrariando conforme á las conveniencias del noble fin de la medicina. Despréndese como corolario de estas premisas, que ni hay ciencia, ni práctica, ni arte, ni nada, donde falta algo de estas condiciones inseparables y necesarias; podrá, á lo sumo, haber quien con alguna de ellas brille acaso, pero si no las posee todas á la vez, su fulgor será pasajero como el de las estrellas fugaces; no será verdadero médico, pues dejará de serlo al menor accidente que contrarie lo que sabe, y son infinitos estos accidentes en medicina.

»Difícil es alcanzar el dictado de médico, tratándose de

esa infinidad de hechos tan complejos y misteriosos; pero descomponiéndolos en sus factores elementales puede alcanzarse su mejor comprension y natural interpretacion, elevándonos desde lo conocido á lo cognoscible, pasando con espontánea sencillez de un hecho á un principio y de aquí á su consecuencia, y siempre por los trámites más obvios y naturales. Conozca el médico el modo y orden y ser de la vida, y que, fija en esto su atencion, observe un desequilibrio, una alteracion sencilla en ese ejercicio hasta entonces normal; estos fenómenos, que constituyen los síntomas sencillos, tambien contrastan con los que conoce del ritmo ó armonía fisiológica, y ya puede tomar acta de estos seguros datos y fundar su conocimiento, que debe ir ensanchando la línea de su comprension á medida que aumenten los fenómenos patológicos en número y en la formacion de sus múltiples combinaciones: con temor siempre, sí, de no poder comprender todas las alteraciones de que es susceptible el organismo ni todas las causas que las dan origen, y menos todo lo que es ó puede ser remedio, que loco fuera creyendo lo contrario, siendo la variedad tan grande como las modificaciones que pueden recibir el sonido ó los colores; pero vaya confiado y firme en lo que sabe, y en lo que es posible se sepa, porque el analisis de los factores patológicos y su metamorfosis intelectual en datos simples, atenúa grandemente la dificultad y la vence muchas veces con el auxilio de la síntesis, que dá con las reglas de criterio el diagnóstico, y señala la curacion. Y es esto tan evidente, como que gran número de enfermedades se revelan por manifestaciones clarísimas, y es obvia en ellas la indicacion que debe satisfacerse para alcanzar la salud, y aun en las que son de suyo mortales debe alentarse el médico en gran manera, porque si curarlas no es posible, lo es atenuar los sufrimientos y prolongar la vida de los enfermos.

»Acontece, por desgracia, frecuentemente que las dolencias, con especialidad las que conocemos como agudas y son generales, *totius substantiae*, como las fiebres, son susceptibles de malignizarse por el influjo de circunstancias especiales; que otras crónicas, como las diátesis, tienen funestas tendencias, y que las lesiones orgánicas son incurables; pero aun en estas difíciles circunstancias un médico prudente y sábio encuentra en su instruccion teórica y su ilustrada experiencia (que se apoya á veces en impresiones y percepciones que producen juicios como los del génio), un criterio que oponer á las contrariedades, y con él los medios de hacer con su ciencia y saber los más señalados beneficios. Este criterio tal vez no sea muy científico, pero si es cierto aunque extraño, será tan buen criterio y tan útil como el más filosófico; y no hay duda que existe, pues la práctica acredita todos los días que por el aspecto fisionómico unos, por olores característicos otros, por sonidos extraños aquellos, han juzgado y juzgan con prodigiosa exactitud y propuesto del mismo modo remedios salvadores; y sin remontarnos á épocas históricas muy distantes, compruébanlo Solano de Luque con el conocimiento del pulso, García con el de la tuberculosis, Gutierrez con el de las fiebres tíficas, Rives con el diagnóstico de la puogenia, Castelló con el pronóstico de la pleuritis, y no pocos autores que cita en su ideología clínica un antiguo compañero nuestro, dolorosamente perdido ya para el progreso científico, el sábio académico Sr. Hernandez Morejon; y que serán siempre modelos acabados de observacion atenta, juicio y sensato criterio clínico.

»Y sucede así, porque no siempre son las inspiraciones y sentencias hijas del génio, y por lo mismo indemostrables; sino que son el resultado de apreciaciones, no todas

bien definidas, pero que sin embargo, forman y aumentan positiva, aunque lentamente, el patrimonio de verdades prácticas que atesora la ciencia. Estas podrán perderse, porque suelen ser intrasmisibles, como decia Cabanis, por falta de expresion que signifique la idea, acaso no pintada ó grabada con claridad en la mente del observador; pero tambien puede renacer, y ya que no forman parte de la ciencia universal por ser peculiares del que las descubre, hay la consoladora esperanza, como demuestra la observacion y la historia, de que las descubre el estudio asiduo, la larga y concienzuda práctica, y la experiencia ilustrada que forman el buen médico. Y es tan cierto esto, como que en el arte de comprender las múltiples combinaciones del estado de enfermedad, está la razon de la distancia que media entre el médico sábio y el indocto empírico; sin que deje de obtener sus resultados por el mismo camino de la induccion, aunque aparentemente no siga las reglas fisiológicas emanadas de hechos enlazados y correlativos manifiestos á la generalidad de los observadores; pues induccion será y legítima la que forme por datos, apreciados solo por él y perfectamente encadenados con la idea final, como la que se forma por los procedimientos filosóficos ordinarios ó generales.

»La induccion, hija legítima de la observacion y la experiencia, es el único fundamento del saber y del criterio en medicina, y el único pararrayos contra las tempestades del error: con ella podemos hacer que la victoria en el combate librado con los sistemas pretenciosos, las hipótesis seductoras y la funesta duda, se incline al lado del buen saber y de la verdad, pues por ella se conoce la enfermedad, y se preven mejor sus efectos; indica las crisis favorables ó adversas, señala los periodos de duracion de las dolencias, y el *por qué* de sus exacerbaciones y recrudescencias en horas y días determinados en males especiales, haciendo conocer mejor que por otros medios las influencias epidémicas y contagiosas, los cambios estacionales, el influjo de los meteoros en las enfermedades y las mutaciones que experimenta el hombre, no solo por la accion de los fluidos incoercibles, sino por influencia sideral y de cuantos agentes forman el gran sistema del universo, como viene demostrado desde Hipócrates y Galeno, hasta Valles, Jackson y Franseri; bien que ya no sea menester el testimonio de autoridad histórica, cuando está tan alta la del buen sentido, que dice cuánto han de influir en el desarrollo y carácter de los males, por ejemplo, las diversas zonas y latitudes en que se presenten, así como la variada etiología que les es propia y por tanto su diferente terapéutica. Induccion natural y fácil pedimos, y sin embargo, aquí, que de causas hablamos y de sistemas y teorías é investigaciones en que la imaginacion tanto vuela, aquí necesariamente están las dificultades del criterio racional que debe adoptarse; aquí los peligros del error, aquí la necesidad de fundar la verdad, que, en mi entender y por lo que precede, solo puede alcanzarse con los colorarios que van á formar el epílogo de este cansado escrito.

»Para juzgar con acierto en medicina no basta conocer los hechos, es preciso informarnos de las causas que los dan origen y hallaremos sin duda causas que los preparan, causas que son: ocasionales, comunes, específicas, físicas y químicas, y no pocas de un orden secundario; subordinadas á una ley que á todas preside, que es la razon física originaria de los efectos, y que es, por decirlo así, el primer hecho inicial de desarmonía en el misterioso concierto que á la economía humana plugo dar la Providencia divina.

»Que conviene poseer ese conocimiento sublime, y tener idea de ese primer fenómeno, es tan claro como la luz de la evidencia; pero al examinarle, guardémonos bien del exclusivismo en las vías de la indagación, porque es tan fácil extraviarnos en el sendero de las hipótesis, como lo sería caminar á oscuras, de no tener siquiera una teoría que pueda ser el hilo conductor por el dedalo de los hechos. Por eso, *tengo por error el juicio de los dogmáticos* al explicar todos los hechos conforme a su criterio, *como errónea creo y destituida de criterio la doctrina de los empíricos*, que nada hacen mas que acoger los hechos mismos, sin raciocinar sobre ellos para conocer su origen, enlace y sucesión, ni interpretarlos, ni explicarlos para llegar á la verdad, hija de la observación y de la experiencia, asiento firme de la medicina, como enseña Hipócrates y recomienda el gran Sydenham, y con ellos los maestros de la ciencia; que al no ser exclusivistas, como lo comprueban sus obras, dieron una lección doble á los dogmáticos y empíricos *al uso de nuestros días*, que, ó todo lo explican por un solo principio, ó no admiten ninguno.

»Tan fuera de razón están los que proscriben las teorías, juzgándolas perjudiciales, como los que intentasen con ellas dar cumplida explicación de todo lo que en el orden patológico sucede. Sin ellas (que siempre dejan algo bueno), no fuera posible elevarnos á consecuencias generalizando y consignando principios; pero si prematuramente se abandona la observación, y antes de completar el análisis ya se quiere sintetizar, y en una hipótesis fundar deducciones, no serán estas lógicas, y carecerán de criterio racional: como no le tendrán las que se establezcan en un ciego empirismo, que no relaciona y no se remonta al conocimiento del origen del fenómeno.

»Con solo la experiencia ó solo el raciocinio, no se establecerá un buen criterio; es necesario el concurso de esas condiciones, y sobre todo, no dejarnos llevar por el abuso de teorizar, para no caer en el escollo en que han fracasado los sistemáticos que, como los humoristas, solidistas y metodistas, han pensado que se encerraba toda la verdad en sus teorías, que el tiempo y la razón, la observación y la experiencia, han reducido á lo que debieron siempre ser.

»Ni es prudente, y abuso fuera igualmente censurable, el que temerarios neguemos la razón de los sistemas, por que no nos sea todavía bien conocida la *alteración de la sangre ó de otros humores*, la *astenia ó estenia*, el *mecanismo dinámico*, el *espasmo*, ó la *atonía* de los solidistas, ó la *irritación* de los broussistas; pues si es indudable que hay exageración en estas ideas exclusivas, y aquí se halla el error; verdad hay también en que la sangre y la linfa, como otros humores ó fluidos, se alteran, vician ó enferman como la fibra; y es verdad, asimismo que hay irritación flogística y astenia, y planes por consiguiente antiflogístico y tónico, que curan muchos males; como verdad palmaria es que el quietismo y la inacción y el apego á tradiciones absurdas, no dieron nunca un día de gloria á la medicina.

»Se han equivocado los *alquimistas*, como los *vitalistas*, *espiritualistas*; puede haber extralimitación en la aplicación de los principios de la química á la medicina, ciencia de la vida en que la química tiene su legítima esfera de acción como parte, no como todo; pero tan supina ignorancia supondría no conocer los beneficios que ha producido la química con sus ácidos y sus álcalis, con sus sales y sus óxidos, los desinfectantes, las análisis de aguas minerales y la respetable y necesaria toxicología

de aplicaciones tan admirables en la ciencia de curar como de fecundos resultados en la administración de justicia; como ignorar que las enfermedades no son en todo químicas, como pretendía Beaumé, pues esa ciencia no puede servir de base firme á la ciencia de las indicaciones, ni á un sistema fisiológico, patológico y terapéutico completo, sucediendo cuando se abusa de ella, lo que al *parasitismo* con sus análisis micrográficas; pues no podrá jamás averiguar con la claridad necesaria las verdaderas alteraciones vivientes de la sangre y otros líquidos, para establecer una práctica químico-biológica en cada dolencia de las infinitas que sufre la humanidad.

»En fin, si errores hay en el especificismo, en la frenología, en las teorías de la entidad morbosa y la vital, y en la aplicación de los medios analíticos ó de investigación no son menores los de los que, refractarios á todo progreso, cierran los ojos para no verle, y sin embargo la luz atraviesa sus párpados para convencerlos, como á los deslumbrados, de que en la generalización absurda de hechos no bien comprobados, hay tanta falta, como en la ciega aplicación de teorías exclusivas á todo lo cognoscible, falta que sin remedio ha de recaer en el criterio haciéndole poco filosófico y exacto, ó no todo lo verdadero que debe ser el que aspire á ser *criterio comprensivo, racional; criterio de la observación juiciosa y sencilla, de la experiencia ilustrada, del severo raciocinio y de la inducción filosófica*.

»Un eclecticismo prudente puede ser la base de ese criterio. Observando, y *observando siempre y bien*, se hará de la medicina una gran ciencia por el medio de la *inducción lógica*, y con el *método experimental* que la constituye; pues así se puede distinguir lo verdadero de lo falso, lo esencial de lo contingente, lo que caracteriza una enfermedad de lo que es peculiar del sujeto ó de otras circunstancias accesorias, como de la atmósfera en que vive, ó del tratamiento á que está sujeto, y hacer una elección acertada *fundando el criterio sobre un verdadero eclecticismo*, que hace buena la práctica enseñándola á observar los movimientos de la naturaleza, inspirándose en la previsora ley de la autocracia curativa, acomodándose á ella, como decía Baglivio, ayudándola cuando esté abatida, u oponiéndose á sus acciones irregulares ó violentas para mandarla y dirigirla con sabiduría; con ese don admirable por el que conocemos lo que ignoramos y sabemos lo que sabemos; con ese atributo misterioso de la inteligencia, que así exalta como á veces humilla al hombre, sino se la puede mantener en el fiel de su necesaria limitación de saber y de sus legítimas aspiraciones de saber más de las verdades de la creación, de lo que relativamente es ó puede ser conocido; prosternándose ante la sabiduría infinita que es la que únicamente conoce lo verdaderamente absoluto; pues ella, la verdad absoluta es Dios, que se conoce á sí mismo, como la esencia de la verdad y verdad de las verdades.

»Perdonad, señores, si he abusado de mi posición y de vuestra indulgencia. Sé que vosotros, señores académicos, no habíais menester nada de lo que he dicho, y decir pudiera, pues sin capacidad para inventar, mi doctrina, no original sino de autores que os son conocidos y familiares, había de seros poco útil; pero si *ese poco* os despierta un recuerdo grato, en gracia de él deponed vuestro justo enojo por mi difuso é inmeritorio trabajo. Y tú, juventud, que ansiosa de saber abandonaste placenteras ilusiones, por otra que con pena mía te he defraudado, considera lo crítico de mi posición, análoga á la en que tú te ves colocada á veces por un mandato reglamentario en los estudios uni-

versitarios, y absuélveme de la falta que involuntariamente he cometido... y si estas consideraciones no desarmen vuestra justicia en la censura, sabed por último que no vine aquí instigado por la presuntuosa soberbia á que alude el texto latino *alta petis Phaeton*; que me trajeron la fatalidad del tiempo y la noción clara de vuestras bondades y sabiduría en que resplandece la benignidad: y todos, en fin, otorgadme la merced del olvido de mi falta, que yo os prometo que para unos será la última, y para muchos que os habeis dignado escucharme también la primera, porque aunque tarde, he conocido que no me ha sido posible demostraros como lo concibo, que un *eclectismo sábio* es el *mejor fundamento de un criterio racional y filosófico* que pone coto á las extralimitaciones sistemáticas, porque fundiéndose en él con todos los adelantos modernos los conocimientos de la ciencia antigua, puede progresar restaurado el saber del sábio de la Larissa y desaparecer el escollo del escepticismo científico, que enerva y mata las aspiraciones más legítimas, creándose una doctrina que á todas las abraza y las sea superior por su espíritu y verdad.

»Yo concibo estepensamiento; como una verdad de fé lo siento en mi mente, y si en vosotros así sucediese también, presiento que haríais reverdecir los laureles de las buenas tradiciones hipocráticas, los de Valles y Laguna, Heredia y Piquer, Fragoso y Gimbernat, Queraltó y Agüero, Piñera y Luzuriaga, que cifien con justicia en su frente el de la gloriosa medicina española; y al terminar así el exclusivismo intransigente, la rivalidad de escuelas, y el dogmatismo sistemático, vendrían con la armonía en el campo del estudio y de la ciencia, el buen trabajo y las perfecciones del cultivo, á *rendir* los frutos ópimos que deben ofrecerse á la humanidad, á la que hemos consagrado nuestra vida y talentos, sin [que para lograr nuestra dicha necesitamos más que sacudir nuestra inercia, que la actividad reemplace á nuestro descuido, y que se forme el *criterio inclusivo*, con el que acabarán las disputas escolásticas estériles, y nos sonreirá la calma de la verdad.

»Trabajemos, pues, que el trabajo es el medio, y el trabajo es santo y glorifica: el génio puede no necesitarlo; pero hay tan pocos génios, que en el trabajo está toda la esperanza positiva: é insisto de esta manera porque es el único medio que en mi limitada inteligencia encuentro, deplorándolo mucho en estos momentos supremos, en que quisiera tener la profundidad de Sydenham, el juicio de Luis Mercado, la precision de Areteo, la amenidad de un Villalobos, y la sabiduría de tantos ingénios españoles y extranjeros como han cultivado esta difícil ciencia de la vida. Pero ya que así no sea, es innegable que el trabajo científico crea los medios de acción para la realización del sublime concepto de *saber más y siempre más*; para obtener, no el todo, sino la mayor parte de verdad, con lo que se limitara convenientemente en nuestra ciencia la angustiosa y escéptica duda, desapareciendo también con las pretensiones absolutas la perturbadora anarquía científica y las diferencias de sistemas exclusivos, conteniéndose las presuntuosas extralimitaciones é imperando la moderación del criterio racional, á cuya sombra florecerá la ciencia más útil á la sociedad, pudiendo nosotros entonces en el entusiasmo por el mejor saber, saludar á esa fecunda paz científica y al espíritu del trabajo en busca de la verdad, con las palabras de un poeta:

*«Jam nunc ex nostris profugit discordia terris
protinus et pacis jam reddit alma quies.»*

He dicho.

Madrid 22 de Enero de 1871.—DR. F. GARCÍA CABALLERO.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

SECRETARIA GENERAL.

Anuncios de pension.

D. José Casadevall y Onís profesor de medicina, residente en Lladó, Gerona, solicita la pension de jubilación por haberse imposibilitado para el ejercicio de su profesión.

Madrid 24 de Enero de 1871.—El secretario general, *Esteban Sanchez de Ocaña*. (3)

Doña Angela Gutierrez y Fernandez, viuda del socio D. Francisco Rocamonde y Velasco, solicita la pension de viudedad.

Madrid 6 de Febrero de 1871.—El secretario general, *Esteban Sanchez de Ocaña*. (1)

Doña Josefa García Agüero, viuda del socio D. Manuel Perez Mamo, solicita la pension de viudedad.

Lo que se publica para conocimiento de la sociedad y á fin de que si algun interesado tiene que manifestar alguna circunstancia que convenga tener presente, lo manifieste reservadamente y por escrito á esta secretaría general, calle de Sevilla, núm. 14 cuarto principal.

Madrid 8 de Febrero de 1871.—El secretario general, *Esteban Sanchez de Ocaña*. (1)

VARIEDADES.

CARTAS PRUSIANAS.

Berlin 1.º de Enero de 1871.

Por causa de haber sido convertidos casi todos los cuarteles de Berlin en lazaretos provisionales, he sido trasladado desde las barracas que Vds. conocen, al cuartel de Coraceros, situado en la *Charlatenstrasse* 40: dicho nuevo lazareto está bien dispuesto; pero no reúne todas las condiciones higiénicas, por el mero hecho de estar dentro de la ciudad. El personal médico es escaso, consta solo de un médico director, Dr. Schultzen, profesor de la facultad de aquí, y de dos médicos de visita, un alemán y el que tiene la honra de dirigirles estas líneas; sin embargo, el número de enfermos es bastante crecido tanto tocante á la cirugía como á la medicina.

Al dar una idea general del lazareto en una de mis anteriores, les hablé del grande y cuasi exclusivo uso que se ha hecho del *Gibbsverband* ó sea vendaje de yeso para las fracturas; hoy les daré á conocer el procedimiento que se ha empleado casi en todos los lazaretos, y en especial en los prusianos: este es el del general del estado mayor de Sanidad militar y profesor de cirugía en Quíel Dr. Esmarch; dando despues una ligera idea de los aparatos de extension en fracturas que hemos debido emplear.

El vendaje de yeso es inamovible; su objeto es impedir tanto los movimientos activos como pasivos, manteniendo la parte en cuanto es posible en su estado normal; está fundado en la propiedad que posee el yeso de formar una union química con el agua, habiendo desprendimiento de calor.

De tres maneras podemos emplear este vendaje.

La primera, usada casi exclusivamente en Alemania y en Rusia, consiste en espolvorear con yeso fino y bien seco vendas de gasa, que despues de plegadas se introducen en el agua por espacio de un cuarto de minuto; luego se aplican al miembro, y una vez esto verificado, con una clara y pasta de yeso se cubre todo el miembro, dejando en todo él una capa ligera de dicha sustancia.

La segunda, que la he visto emplear exclusivamente en París por Maisonaive, en Bruselas en el hospital San Juan por Rosignol, y también en Holanda, consiste en introducir vendas limpias en una pasta de yeso, y una vez estén estas impregnadas, se aplican sobre la parte haciendo en lo restante como en la primera.

La tercera, empleada solo en algunos casos en que está la parte sensible y por consiguiente poco dispuesta á manipulaciones, consiste y tiene de comun con la segunda, en

introducir la tela que ha de servir para formar el vendaje dentro la pasta de yeso; pero se diferencia de ella en que, en lugar de vendas con compresas cortadas *ad hoc* para envolver simplemente el miembro, el cual es colocado encima de ellas, el número de compresas aplicadas la una sobre la otra puede variar, y depende del grosor que se quiera dar al vendaje.

Ahora bien, dadas estas generalidades, se comprenderá fácilmente el vendaje de Esmarch en diciendo que pertenece á la primera.

Pero Esmarch ha introducido modificaciones, constituyendo un procedimiento especial que lleva el nombre del autor.

Para que sea bien comprendido, describiré su aplicación en todo un miembro inferior, el cual se supone también herido exteriormente.

Se necesita en primer lugar el material siguiente:

1.º Todo lo necesario para curar una herida, tal como hilas y pequeños parches cargados con una disolución de ácido fénico, 1 por 100 aceite.

2.º Dos vendas de lana, cada una de diez varas de largo y tres pulgadas de ancho.

3.º Nueve varas de tiras de madera sumamente delgadas y plegadas en forma de venda.

4.º Diez y siete varas de venda de algodón de cuatro pulgadas de ancho.

5.º Seis vendas de gasa espolvoreadas con yeso, de seis varas de largo y tres pulgadas de ancho.

6.º Media libra de yeso seco, que servirá después para dar una capa superficial, que debe ser al propio tiempo lisa.

Luego se pasa á emplear el vendaje de la manera siguiente:

Se curan las heridas, y un ayudante sostiene la compresa.

Se envuelve con la venda de algodón desde los dedos de los pies hasta el ombligo; la misma operación se hace luego con la venda de lana que colocada encima de esta la sujeta perfectamente.

Cójase la tira de madera y estendiéndola desde la parte posterior superior del hueso iliaco á lo largo de la parte posterior de la pierna doblando el talon hasta pasar los dedos del pié, con otra desde la parte superior anterior del hueso iliaco á lo largo de la parte anterior también de la pierna hasta pasar los dedos, y con otra tercera desde la parte superior lateral iliaca á lo largo de la parte lateral del miembro, con la cual, sin interrumpirla se dobla el talon, y se la hace subir por la parte interna hasta llegar al periné.

Tómense las vendas espolvoreadas que deben haber estado un cuarto de minuto en el agua, y se aplican la primera solo con vueltas aisladas, con objeto de sostener las tiras de madera.

Las otras se aplican *lege artis* á lo largo del miembro.

Una vez esté el enfermo en la cama, por medio de unas tijeras se abren las ventanas correspondientes á las heridas.

Las numerosas resecciones que hemos practicado han sido inmediatamente puestas en resguardo por el vendaje de yeso, y al propio tiempo en suspensión dejando completamente libre la parte en donde se ha practicado la operación.

Preciso nos ha sido en algunos casos apelar á los aparatos de extensión permanente por no poder lograr de otro modo la coaptación de los fragmentos de la fractura.

Dos métodos se emplean hoy día en la construcción de estos aparatos.

En uno de ellos después de haber obtenido el prolongamiento necesario del miembro, se le sujeta sin que pueda aumentar ni disminuir.

En el otro hay aumento constante del prolongamiento por medio de una extensión incesante.

Muchos instrumentos se pueden emplear que reúnen las condiciones del método primero; pero nosotros solo hemos empleado en un caso el vendaje de yeso, y se trataba de una rotura de tibia y peroné; para obtener en este caso una misma extensión constante é invariable, buscamos dos puntos de apoyo uno en cada extremidad del vendaje, apretándole fuerte por abajo en el premonitorio de los maleolos y por arriba en los cóndilos del fémur, que una vez seco el yeso no deja acercar los fragmentos, habiéndose obtenido bastante buen resultado.

Entre los diversos procedimientos conocidos en el segundo método, para obtener una extensión siempre en aumento, solo hemos empleado el peso representado por

un saquito de arena, haciendo servir el peso del cuerpo como contra estensor, empleando para esto unas veces el plano inclinado de Dupuytren, ó sin plano inclinado, introduciendo el pié sano también en el aparato, sirviendo la rigidez del pié sano como una fuerza que impide el acortamiento de la pierna mala; pero este último procedimiento no ha dado buenos resultados.

El mejor procedimiento que hoy día se considera para obtener las mejores condiciones que debe reunir un aparato perteneciente al segundo método, es el inventado por Damreicher llamado por él *Eisenbahn apparat*, ó sea aparato de carril, y que después de todo en el lazareto solo, con exclusión de otro aparato de dicho género ha sido empleado, y consiste en poner la superficie inferior del vendaje bien lisa lo que se consigue poniendo dos varillas triangulares con el vértice del ángulo hacia abajo, siendo este á su vez recibido en una plancha fina. La contra extensión está representada por el peso del cuerpo, que se coloca en una posición más baja, y la extensión se hace por el peso de un saco de arena que se ata en la parte inferior de la pierna, etc.

Un doctor norte-americano acaba de llamar la atención del mundo científico con una brillante disertación sobre el tifus; en ella describe un tifus especial que ha sido muy frecuente en la campaña actual, y del cual tengo yo un caso en el lazareto; está solo caracterizado por la fiebre y la elevación de temperatura, faltando el exantema; las cámaras características de esta enfermedad, el aumento de volumen del bazo, etc., pudiendo decirse del tifus lo de la escarlatina: exantema sin exantema.

Siento la falta de espacio por no poderles dar noticias de mis enfermos, sobre todo, de un caso de trismus curado con el nitrato de plata y cloral; pero tal vez hable de ellos en otra correspondencia.

SALVADOR BADÍA.

PARTE

ELEVADO POR LA SECCION DE MEDICINA DEL HOSPITAL GENERAL DE MADRID A LA DIPUTACION PROVINCIAL EN EL MES DE DICIEMBRE ÚLTIMO.

En los primeros días del mes de Diciembre, el frío fué muy intenso, descendiendo el termómetro algunos grados bajo cero, sobreviniendo después una copiosa nevada, seguida de lluvias abundantes y repetidas, durante las cuales la temperatura se hizo algo más suave; pero hacia la tercera decena del mes, habiendo cesado estas, volvió el frío á ser extremado, señalando el termómetro algunos días hasta ocho grados bajo cero y repitiéndose las nevadas, sin que por eso disminuyese aquel.

Notables fueron las variaciones de la presión atmosférica en todo este tiempo, bajando la columna barométrica desde los 717 milímetros hasta los 696 á que llegó en la época de mayores lluvias; los vientos del N. y N. O. alternaron con los del S. O. S. y S. E.

Entre las enfermedades agudas predominaron las fiebres de diversos géneros, siendo muy frecuentes las catarrales y reumáticas, y continuando todavía las viruelas, aunque no en tanto número ni con tanta violencia como en los meses precedentes. No dejaron de observarse algunos casos de fiebres gástricas, pero sin que ninguna de ellas adquiriese la forma tifoidea. Las calenturas intermitentes fueron también raras, y todas las que hubo ocasion de tratar procedían de la estación anterior. Los reumatismos articulares agudos se han desarrollado con bastante intensidad, y así mismo se han visto muchas pulmonías, pleuritis, anginas y aun erisipelas; pero sobre todo, dominaron los catarrros bronquiales y laríngeos más ó menos intensos, sin que dejaran de observarse otras diversas afecciones del aparato digestivo, del sistema nervioso, y de su centro encefálico.

Las medicaciones empleadas para combatir todas estas dolencias han variado mucho; pero por lo común la diaforética fué la más usada y con resultados siempre satisfactorios: sin embargo no dejó de tener aplicación la antiflogística en las legumiasias de los órganos de la respiración.

Una estación tan rigurosa y destemplada como la que se viene experimentando, no podía menos de ejercer una funesta influencia sobre todas las enfermedades crónicas; así que estas se han agravado mucho haciéndose rebeldes á todos los medios de tratamiento empleados, particular-

mente las tísis, los catarros antiguos, las afecciones asmáticas, las lesiones del corazón y también las del aparato digestivo y del sistema nervioso.

Entraron en el departamento de hombres de este Hospital 426 enfermos; salieron con alta 434, y fallecieron 91; en el de mujeres fueron admitidas 505, se curaron 410, y murieron 76; y en las salas de niños ingresaron 20, salieron 27, y sucumbieron 7; disminuyendo así la existencia en este departamento.

Resulta de lo dicho un total de 951 entrados; 871 altas y 174 defunciones; hallándose estas en la relación aproximada de 18 por 100 con los entrados.

A las enfermedades agudas corresponden 601 entrados, 565 altas, y 88 fallecimientos; y á las crónicas 318 de los primeros, 272 de los segundos, y 81 de los terceros.

CRÓNICA.

Estado sanitario de Madrid.—A la densa niebla con que amaneció el domingo, sucedió un tiempo despejado, con una temperatura muy bonancible y templada, y con vientos del S. del E, del E-S-E y del S-O, hasta el jueves en que estos volvieron á soplar de los mismos cuadrantes que en la semana anterior, acompañados de rátagas y celagería.

Las enfermedades reinantes fueron en menor número que en los días anteriores habiendo mejorado algo de carácter; pero sin dejar por eso de continuar las afecciones catarrales, reumáticas y nerviosas. Así es que hubo muchas calenturas de esta índole, flegmasias de las membranas serosas y mucosas, algunas inflamaciones de los órganos respiratorios, hemorragias procedentes de los órganos supradiaphragmáticos en los hombres, é infra-diaphragmáticos en las mujeres, y varios casos de calenturas gástricas, de intermitentes de tipo errático y de vesanias.

Siguen disminuyendo los exantemas, y con particularidad las viruelas, que ya son muy escasas las defunciones que producen.

Fallecimiento.—Pocos días hace dejó de existir después de una larga y penosísima enfermedad, nuestro distinguido amigo y compañero el Sr. D. Manuel Perez Manso, médico-director de las aguas minerales de Sacedon. La solidez de su juicio, la extensión de sus conocimientos, su finura y excelente trato y la nobleza de su corazón le habían conquistado las simpatías de sus compañeros y de cuantas personas le conocían. Graves infortunios habían pesado sobre él en los últimos años, amargando aun más sus horas de angustia: una penosa, aunque cristiana muerte, le ha librado al fin de la vida, que había llegado á ser para él una pesada carga. Acoja Dios su alma en la mansión de los justos, como vivirá su memoria en la de todos aquellos que tuvimos la suerte de contarnos entre sus amigos.

La miseria en Bélgica.—Dicen los periódicos de esta nación, que en ninguna parte alcanzan los recursos de la beneficencia para hacer frente á las necesidades; que muchos infelices carecen de pan, de fuego y hasta de unas miserables pajas donde descansar. Está visto que el cáncer de la pobreza es uno de los males mas afflictivos de la sociedad, y que solo la caridad cristiana, ó casi cristiana, puede paliar ó curar incesantemente, sin acertar jamás á extinguirle de raíz.

Es verdad.—Dice la *Epoca*, reconociendo lo que varias veces hemos espuesto.

«Generalmente está disgustadísima la clase médica con motivo de lo dispuesto últimamente para el exacto cumplimiento de la ley del registro civil. Sucede, en efecto, que exigiendo la ley certificado del médico, de haberse iniciado la descomposición en el cadáver para proceder á la inhumación, permanecen los difuntos en las casas dos, tres y aun cuatro días; en primer lugar, á causa de la estación fría que retarda la descomposición, y en segundo lugar, por ser difícil á los facultativos volver diariamente á las casas después de haber dado parte de la defunción»

Certificados y partes de defunción.—Se han puesto á la venta en los estancos ejemplares impresos de estos documentos, que ofrecen á los médicos y á las familias la comodidad de recordarles todas las circunstancias que deben referir, reduciendo su trabajo á llenar convenientemente los claros. Parecenos esta idea muy oportuna para los fines que se desea satisfacer con el registro civil.

Gracias concedidas.—Parece que por el ministerio de Marina se ha concedido el empleo personal inmediato á

los profesores de la Armada que más se han distinguido en la fiebre amarilla que ha asolado á algunos puntos de nuestra península. Es muy justo que se premien estos distinguidos servicios, y esperamos que por el Ministerio de la Guerra se conceda lo propio á los profesores del ejército que tanto también se han distinguido, ¿Y á los médicos civiles que se hallan en igual caso?... Ignoramos qué gracias se les habrán otorgado por el Ministerio de la Gobernación.

Deben estar muertas.—Cuando ya no se han reunido las clases médicas para protestar enérgicamente contra el artículo del reglamento para la ejecución del registro civil, que prohíbe á los facultativos expedir certificados de defunción antes que se presenten señales inequívocas de descomposición, advirtiéndose además que por estas certificaciones y los reconocimientos necesarios NO PUEDE EXIGIRSE RETRIBUCION ALGUNA; cuando así consienten los profesores que se les imponga el modo de ejercer su profesión y que se les haga trabajar como siervos, despojándoles del precio de su trabajo, que es acaso su única propiedad..... sin duda alguna estas clases *deben estar muertas*.

La clase farmacéutica.—Ha obtenido bastante representación en la diputación provincial de Madrid, últimamente elegida. Muéstrase esta clase en general más celosa que la médica por sus intereses políticos y profesionales, y parecenos que este es el modo de que le vaya menos mal.

Premio.—El Sr. D. Quintin Chiarlone, ha obtenido una gran cruz de Isabel la Católica, en recompensa de sus servicios políticos. Le damos la enhorabuena.

Desaparición sensible.—Lo es la de la *Gaceta médica de Granada* del estadio de la prensa, según anuncia este periódico en su último número. Era una de las publicaciones más recomendables por su acertada doctrina y por la abundancia de datos prácticos y de juiciosas observaciones originales que solía insertar. Algunos de sus redactores nos habían favorecido anteriormente con sus escritos, y esperamos de todos ellos que lo hagan en lo sucesivo, ya que lamentables contratiempos les han impedido continuar su obra.

Nombramiento.—Ha sido nombrado comisario del Almirantazgo el decano de la Facultad de Medicina de Madrid y ex-diputado constituyente Sr. D. Pedro Mata. Algun colega ha manifestado extrañar este suceso; pero donde son tantos los intrusos que infringiendo la ley ejercen la medicina, menos debe repararse en que un médico ejerza otro cargo público sin detrimento de ley alguna.

Nuevo periódico.—Ha empezado á publicarse uno en Valladolid con el título de *Boletín científico de Medicina y Farmacia*. Entre las firmas de los artículos de su primer número aparecen las de los Sres. Pastor y Quijano. Desearíamos que prospere y realice sus buenos propósitos.

VACANTES.

Por defunción del que la obtenía, se halla vacante la plaza de médico-cirujano titular de esta villa de Tamames, provincia de Salamanca, dotada con el sueldo anual de 2 500 pesetas, por la asistencia de unas 300 familias de que se compone este vecindario, cuya cantidad percibirá de fondos municipales por trimestres vencidos, quedando en libertad el facultativo de poder contratar con la fuerza de la Guardia civil, de punto en esta población. Los aspirantes dirigirán á esta Alcaldía las solicitudes documentadas en la forma que previene el Reglamento de partidos médicos en el término de treinta días, á contar desde el en que aparezca su inserción en el *Boletín oficial* de la provincia. Tamames 30 de Enero de 1871. (P. P.)

Se necesita un ministrante ó practicante con título para esta villa de Villarejo de Salvanés, provincia de Madrid, que bajo la dirección y dependencia del médico titular de la misma se de dique á los servicios propios de la clase. La dotación será la de 3000 reales, pagados por trimestres vencidos por una comisión de labradores mayores contribuyentes, teniendo además los emolumentos de la extracción de muelas y vacuna que se paga por separado. Las solicitudes en el término de 20 días á contar desde la inserción de este anuncio en EL SIGLO MÉDICO. Se dirigirán á esta alcaldía de Villarejo de Salvanés 8 de Febrero de 1871.—El Alcalde, Fabian Rögel. (425)

MADRID 1871.

Imprenta de la Viuda de Orga, plazuela del Biombo, 4.